

ISABEL CHEIX MARTÍNEZ

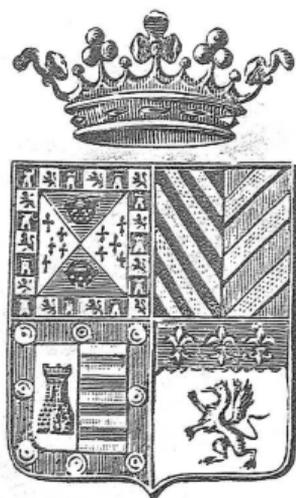
---

---

ROMANCERO  
DE  
DON PEDRO I  
DE CASTILLA

---

Premiado en los Juegos Florales celebrados por el Ateneo  
y Sociedad de Excursiones el 23 de Abril de 1895.



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1898



3-7-5

7401

~~6-11-6~~

~~3407~~

D. PEDRO I DE CASTILLA

*Tirada especial de 50 ejemplares.*

---

EJEMPLAR NÚM. 28

ISABEL CHEIX MARTÍNEZ

---

---

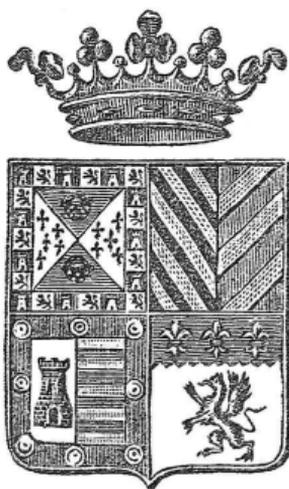
ROMANCERO

DE

DON PEDRO I  
DE CASTILLA

---

Premiado en los Juegos Florales celebrados por el Ateneo  
y Sociedad de Excursiones el 23 de Abril de 1895.



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1898



EXCMO. SR. D. MANUEL PÉREZ DE GUZ-  
MÁN Y BOZA, MARQUÉS DE JEREZ DE LOS  
CABALLEROS.

*El dedicar á V. E. este pequeño  
trabajo es muy grato á la que, atraída  
por tan simpático asunto, concurrió á ob-  
tener el premio ofrecido por V. E. para  
los Juegos Florales del Ateneo.*

*Sirvan, pues, estos renglones de tes-  
timonio á la gratitud y consideración dis-  
tinguida de*

ISABEL CHEIX.



## DOS PALABRAS

Cuando la insigne escritora señorita D.<sup>a</sup> Isabel Cheix Martínez me favoreció con el encargo de escribir estas líneas para prefacio de su libro, prefiriendo mi nombre obscuro entre los muchos ilustres que decoran las sevillanas letras, ingenuamente lo declaro, no supe al pronto á qué atribuir tan señalada honra; mas á poco que discurrí sobre el caso caí en la cuenta del por qué del singular favor que me dispensaba. Á la verdad, nada más grato para mi corazón. Atendía la inspirada poetisa, no á los méritos del escritor, porque éstos en mí son nulos, sino á la memoria, por mí venerada, del hombre sin tacha, del varón virtuoso á quien di el bendito nombre de padre; literato modestísimo, de mé-

rito relevante, el cual, há muchos años, en 1847, publicó en esta ciudad un libro titulado *Historia del reinado de D. Pedro I de Castilla, llamado el Cruel*.

El asunto de este *Romancero* es igual al de la obra del Sr. D. José María Montoto y López (q. d. D. g.), y el juicio de la poetisa sevillana acerca de aquel malaventurado Monarca y de su turbulento reinado, muy semejante al del historiador humilde que, al escribir su celebrado libro en los años risueños de su juventud, procuró cuidadoso ocultar su nombre por reputarlo indigno de la publicidad.

Hé aquí por qué la Srta. D.<sup>a</sup> Isabel Cheix Martínez, con la delicadeza de sentimientos que sólo en almas de mujeres cabe, al buscar un nombre que abriese las páginas de su precioso *Romancero* pensó en el de un escritor sin méritos y sin fama: honra dispensada al hijo en honor á la santa memoria del padre.

Cierto que este libro no ha menester prólogo, y que si lo necesitase no sería el autor de las presentes líneas quien con autoridad pudiera escribirlo. No obstante, ¿cabe en lo posible que quien se precia de agradecido y de humildísimo con las damas, por ley de galantería que á todo español obliga, se niegue á complacer á la autora del *Romancero de D. Pedro I*

de Castilla, y á mal pergeñar estos renglones que, por ser míos, nada han de decir de provecho?

No necesita la ilustre escritora del patrocinio de autoridades literarias, aquí donde tantas hay, para que su *Romancero* rompa la indiferencia general y sea leído y estimado en lo mucho que vale. Su nombre es conocido y celebrado de cuantos cultivan las Letras en España; su firma honra importantes publicaciones; sus obras corren de mano en mano con merecido aplauso; su carrera literaria está sembrada de flores, y en estos últimos años comparte los laureles de la gloria con las insignes poetisas Antonia Díaz de Lamarque, Victorina Sáenz de Tejada, Blanca de los Ríos, Concepción de Estevarena y Mercedes de Velilla, decoro del parnaso sevillano.

Bastaría citar los títulos de las obras que ha dado á la estampa para demostrar cumplidamente que á cultivar las letras ha aplicado su inteligencia clarísima en los mejores años de su vida.

Los poemas *La Cruz del Valle* y *Los Dolores de la Santísima Virgen* son gallarda muestra de su inspiración ardiente y de la ternura de su corazón de mujer privilegiada. Las novelas *La cueva de los diamantes*, *La niña de oro*, *Aurora-María*,

*Fátima, Dos amores, Marilinda, Flor del Alba, Oro y oropel, El relicario, Nieves, La mala consejera y La fuente de los álamos*, entre otras muchas, la acreditan de ser digna compañera de aquella otra mujer esclarecida, sevillana de corazón y amantísima del pueblo andaluz, cuyas costumbres copió con sin igual pluma en libros que durarán tanto como la hermosa lengua castellana: la inolvidable Cecilia Wöhl, conocida por el seudónimo *Fernán Caballero*. Las obras religiosas *La Estrella del Mar* (historia de la Virgen María) y *La Reformadora del Carmelo* (vida de Santa Teresa de Jesús) presentan á las claras, no sólo á la escritora de mérito sobresaliente, sino también á la dama española cuyo corazón palpita caldeado por el fuego de los más vivos sentimientos religiosos.

Muchas corporaciones científicas y literarias han honrado en públicos certámenes á la autora de este libro. La Real Academia Sevillana de Buenas Letras la premió en siete ocasiones por otras tantas obras de poesía; y el Liceo de Málaga, y el Ateneo de Murcia, y la Academia Mariana de Lérida, y la Escuela Normal de Sevilla y otros centros doctísimos, que no se desdennan de fomentar el cultivo de la gaya ciencia, galardonaron repetidas ve-

ces á la autora del *Romancero de D. Pedro I de Castilla*.

Sale este libro sin prólogo; pues, como dije al principio, no lo há menester. Viene á la vida de la publicidad escudado con su propio mérito, que lo ampara contra todo linaje de censuras, y acredita por modo eficaz que en nuestros días, como en los de D.<sup>a</sup> Feliciana Enríquez de Guzmán y D.<sup>a</sup> Ana Caro de Mallén, la mujer sevillana contribuye con los peregrinos frutos de su ingenio al esplendor de la cultura española. Acredita también que el nombre de la Srta. D.<sup>a</sup> Isabel Cheix Martínez figura dignamente en el largo y glorioso catálogo de las ilustres damas que en esta nación de los grandes genios han probado hasta la saciedad que la mujer no es por su inteligencia inferior al hombre.

Aquí donde brillaron con luz propia Teresa de Jesús, de quien Leibniz confiesa haber tomado los principios de la más sublime filosofía; D.<sup>a</sup> Oliva Sabuco de Nantes, digna de toda alabanza, según escribe D. Antonio Fernández Morejón, por haber vislumbrado muchos fenómenos fisiológicos debidos á la lectura de las obras de Hipócrates, Platón, Eliano y otros médicos y filósofos antiguos; Sor María de Agreda, á quien D. Francisco Silvela llama consejera de reyes, consuelo de prin-

cesas en sus tribulaciones y confidente de magnates y cortesanos; D.<sup>a</sup> Beatriz Galindo, *la Latina*; Luisa de Sigea, *Minerva de su siglo*; Julia de Morrell, la comentadora de Aristóteles; Isabel de Foxa y Roseres, cuya palabra de fuego sacó de sus errores á muchos judíos, convencidos de la verdad que predicaba; Francisca de Lebrija, descendiente del sabio gramático, á quien substituyó en su cátedra de la Universidad de Salamanca, ciudad ésta á la sazón emporio de las letras y las ciencias; Sor Juana Inés de la Cruz, la amantísima *Monja de Méjico*, llamada por sus contemporáneos *décima musa*, cuyas poesías calificó Feijóo de agudas y eruditas; D.<sup>a</sup> María de Zayas, la eximia novelista; y, en nuestros días, Gertrudis Gómez de Avellaneda, de quien escribe D. Juan Nicasio Gallego que todo en sus cantos es nervioso y varonil, costando trabajo persuadirse que no son obra de un escritor del otro sexo; Carolina Coronado, la cual, según el docto escritor D. Juan P. Criado y Domínguez, sin llegar con sus arrogantes valentías á las elevadas regiones que con su numen prepotente escaló la *Peregrina*, sabe conmover á veces de un modo más placentero; Cecilia Wöhl, cuyas novelas hacen decir al erudito sevillano Asensio y Toledo que desde que Cervantes trazó sus inimi-

tables obras la novela española no había vuelto á presentar ejemplares de carácter propio hasta la aparición de *Fernán Caballero*; Concepción Arenal, pensadora profunda, autora del libro de oro *La Mujer del Porvenir*; Emilia Pardo Bazán, Ángela Grassi, María del Pilar Sinués, Joaquina García Balmaseda, Patrocinio de Biedma y otras muchas damas privilegiadas, que no cito por no dilatar más esta enumeración; aquí donde esos nombres luminosos patentizan la superioridad de la mujer española, la Srta. D.<sup>a</sup> Isabel Cheix Martínez puede ostentar el suyo ilustre, ganado en las honrosas lides del talento.

LUÍS MONTOTO.



# ROMANCERO



I

TORMENTOS DE UNA REINA

DIFÍCILMENTE pudiera  
Ser de la historia trofeo  
Reinado más infelice  
Que el reinado de don Pedro.  
En vez de nobles hazañas  
Traiciones, muertes y duelos;  
En vez de luz negras sombras  
De crímenes y adulterios.  
De las maternas entrañas  
Fruto de largos desprecios (1),  
Vino al mundo envenenado  
Desde su alentar primero.  
Si amargo fué, no se extrañe,  
Que en vez de leche le dieron  
La hiel de las decepciones  
Y el acíbar de los celos.

¡Desdichada de la esposa  
 Que no sabe poner freno  
 Á la soberbia humillada  
 Cuando le desgarrá el pecho;  
 Y en vez de plegarias tiernas,  
 Y en lugar de dulces besos,  
 Con su rencor amamanta  
 Al niño que está meciendo!  
 No es culpa, no, del infante  
 El ser malo ni el ser bueno,  
 Pues con instintos de fiera  
 Por ventura no nacemos.  
 La educación es el todo,  
 Salvo contados ejemplos;  
 Si en ella siembran zizaña,  
 Zizaña cogerán luego.  
 Sentada, pues, esta base  
 (Y no disculpar pretendo  
 Al que unos *cruel* apodan  
 Y otros llaman *justiciero*),  
 Empiezo sencillamente  
 La narración de los hechos,  
 Y juzguen los que la lean  
 La verdad de mis asertos.

. . . . .  
 . . . . .

El día treinta de Agosto  
 Del año de mil trescientos

Y treinta y cuatro veía  
La primera luz don Pedro.  
Burgos, la ciudad famosa  
Cuna del Cid y de aquellos  
*Latn Calvo* y *Nuño Rasura*,  
De sabios jueces modelo,  
Le recibió alborozada,  
Fundadamente creyendo  
Que lazo de unión sería  
Entre los consortes regios.  
Mas ¡ay! que á un amor culpable  
Entregado Alfonso Onceno,  
Despreció el rico presente  
Que le otorgaban los Cielos;  
Y mientras doña María,  
En saña y rencor ardiendo,  
Sobre la cuna del niño  
Vertía lágrimas de fuego,  
El Rey volaba á los brazos  
De su dama, desoyendo  
Así el dolor de la Reina  
Como las quejas del reino.  
Llamábanle en altas voces  
Con impuro atrevimiento  
De doña Leonor las gracias,  
De otros hijos los extremos;  
Y olvidando por bastardos  
Al legítimo heredero,

El porvenir preparaba  
Terrible, espantoso y negro.  
¡Ay flaquezas tan costosas,  
Y tan visibles viniendo  
De los mismos que debían  
Ser de virtudes ejemplo,  
Que, irreparables desdichas,  
Que, de escándalos y yerros,  
Á graves faltas de reyes  
Suelen servir de cortejo!

De alcázares solitarios  
Los helados aposentos  
Fueron de doña María,  
Más bien que corte, destierro:  
Y deplorando sus penas,  
Y abrasándose de celos,  
Y sufriendo los desaires  
De serviles palaciegos,  
Que al sol del favor corrían  
Con desatinado empeño,  
Contó por siglos los años  
Y por años los momentos.  
Tan sólo don Juan Alfonso,  
El portugués caballero  
Que Obispo de Astorga fuera  
Por sus relevantes méritos,  
Le era fiel heroicamente;

Mas ni sus sabios consejos,  
Ni la voz de la prudencia,  
Ni la blanda acción del tiempo,  
De su corazón domaban  
Los arrebatos soberbios  
Contra la audaz favorita  
Que le robaba su dueño.  
La memoria de Fernando,  
El niño que subió al Cielo  
Apenas tocó la tierra,  
Aumentaba sus tormentos;  
Porque ella sólo tenía  
Un fruto del amor regio,  
Y la amiga de su esposo  
Hasta dos hijos gemelos... (2)  
Si acaso tendía la vista  
Por los salones desiertos,  
Al verse sin servidores  
Rebosaba en ira el pecho;  
Ira de tan grave daño  
Cual mortífero veneno:  
¡Y la mísera con ella  
Iba al infante nutriendo!

## II

## ALGO DE HISTORIA

**M**IENTRAS la olvidada Reina,  
Á solas con sus cuidados,  
Miraba pasar los días  
**Sin corte ni cortesanos,**  
Don Alfonso, con su empleo  
Amoroso bien hallado,  
Juzgaba cielo la tierra  
De la favorita en brazos.  
Á su espléndida hermosura  
Y á sus blasones hidalgos  
Juntaba doña Leonor  
Un talento nada escaso  
(Que probó cuando el infante  
Don Juan Manuel, pretextando,  
Que el no ser madre la Reina  
Era motivo sobrado

De que el Rey la repudiara,  
Le aconsejaba insensato  
Que obligara al tierno amante  
Á elevarla al regio tálamo).  
Con buen acuerdo negóse  
La favorita á este trato (3);  
Mas con su gracia hechicera  
Y cariñosos halagos  
Remachaba de continuo  
Las cadenas de su esclavo,  
Hasta ser tales amores  
Grave motivo de escándalo.  
Daba al Rey la de Guzmán  
Un hijo por cada año,  
Y él con villas y lugares  
Enriquecía los bastardos,  
Que eran pedazos de honra  
Y de su reino pedazos;  
Semilla de descontentos  
Y semillero de bandos.  
Las pasadas minorías  
Malas memorias dejaron;  
Mas tales eran los tiempos,  
Que anunciaban ser más malos.  
Alzábanse por doquiera  
Ambiciosos y contrarios;  
Y como al Rey lo de amante  
No le quitaba lo bravo,

Guerreaba con los moros  
De Gibraltar en el campo  
Para recobrar la plaza  
Que por traiciones tomaron.  
Mas siendo el Rey granadino  
Muerto por aleve mano,  
Con su hermano y heredero  
Don Alfonso ajustó pactos,  
Firmando los dos monarcas  
Las treguas por cuatro años,  
En honrosas condiciones  
Y con buenos resultados (4).  
Libre ya de este enemigo,  
Quiso el regio castellano  
En tres rebeldes magnates  
Vengar antiguos agravios.  
Cual hizo con Juan el Tuerto (5)  
Y Alvar Núñez, llevó á cabo  
En la terrible justicia  
De Juan Alfonso de Haro (6).  
Persiguió luego al de Lara  
Hasta lograr humillarlo  
Y que fuera de sus reinos  
El vencido tributario (7).  
Y, por último, al infante  
Don Juan Manuel, esperando  
Rendirle también, en Lerma  
Púsóle cerco apretado.

Mas el portugués monarca,  
Á quien la vida de llanto  
Y desprecios de su hija  
Tenían con el Rey enojado,  
Defendió al rebelde Infante,  
Á Don Alfonso intimando  
Dejase la villa libre,  
Por ser don Juan su vasallo.  
Alfonso replicó altivo;  
El portugués, agraviado,  
Le declaró guerra... y guerra  
Rompióse al fin entre hermanos.  
Para calmar de esta lucha  
Los imponentes estragos,  
El papa Benito Doce  
Mandó de Roma un Legado;  
Mas ni sus buenos oficios,  
Ni su celo noble y santo,  
La ansiada paz de dos reinos  
Hubieran quizás logrado,  
Si una amenaza de guerra  
Con los moros africanos  
No uniera Reyes y nobles  
Contra los comunes daños (8).  
De Portugal y Castilla  
Los monarcas aliados  
Al de Aragón, muchas huestes  
Y muchas naves juntaron (9);

Y formando dos escuadras  
Y un ejército formando,  
Alumbró un alba gloriosa  
La batalla del *Salado*.  
Mas antes ¡cuántas desgracias (10),  
Cuántas pérdidas y cuántos  
Crímenes, que no justicias,  
Del soberbio castellano!  
Faltando á sus juramentos,  
Y á sus promesas faltando,  
Malas sendas enseñaba  
Al que debiera heredarlo.  
Murió Gonzalo Martínez  
De Oviedo, porque el maestrazgo  
De Alcántara que gozaba  
Se quería para un bastardo:  
Y á la vida de un guerrero  
Tan valiente como hidalgo  
Prefirió el Rey que su dama  
Su anhelo viese logrado (11).

Crecía en tanto el heredero  
Del trono de San Fernando,  
Como su madre sombrío,  
Como su madre olvidado.  
Aunque de pocos abriles,  
Era de cuerpo gallardo,  
Con hermosura de arcángel,

Pero arcángel desterrado.  
Rizos de cabello rubio  
Ornaban su rostro pálido,  
Cuyas correctas facciones  
Mostraban duros los rasgos;  
Y había en sus ojos azules  
*Algo* misterioso y vago,  
Relámpagos brilladores  
Que alguna vez serían rayos.  
En sus ensueños de niño  
Se revelaban osados  
Los pensamientos del hombre  
Que vive de modo extraño;  
Y en la soledad continua,  
Y de su madre en el llanto,  
Y en las ausencias de Alfonso  
Guerrero ó enamorado,  
Debió preguntarse Pedro  
En su grave asombro cándido:  
«Si vástago soy de reyes,  
¿Á donde están mis vasallos?»  
¡Triste es vivir desde niño  
Celoso, desconfiado,  
Viendo enemigos odiosos  
Hasta en los propios hermanos;  
Sin ilusiones del alma,  
Sin sonrisas en los labios,  
Y en quien se deben respetos

Vergüenzas adivinando!  
¡Triste es buscar en la bruma  
De los recuerdos lejanos  
El perfil del caballero,  
Valiente, hermoso, gallardo;  
Ciñendo corona rica,  
Envuelto en purpúreo manto,  
De escuderos y de pajes  
Y guerreros rodeado;  
Rigiendo con mano firme  
Las riendas de su caballo,  
Que de oro y plata llevaba  
Pretal, gualdrapas y paños!...  
«¿Dónde está? ¿Por qué no viene?  
¿Es que quizás ha olvidado  
Que su esposa y que su hijo  
Siempre le están esperando?»

Así razonaba el niño  
De diez abriles escasos,  
Hermoso como un arcángel,  
Pero arcángel desterrado,  
Vagando por los jardines  
De alcázares solitarios,  
Ó en las desiertas crujiás  
De algún bisantino claustro,  
Mientras don Alfonso altivo  
Continuaba luchando

Con la morisma orgullosa,  
Tomándole palmo á palmo  
El fértil suelo de España  
Que por traiciones hollaron,  
Y tintos en sangre mora  
Volvían al fin los pedazos.  
Ni la africana bravura  
De sus eternos contrarios,  
Ni la escasez de recursos  
Y lo inmenso de los gastos,  
Ni la inclemencia del tiempo,  
Ni los hercúleos trabajos  
Que en el sitio de Algeciras  
Su gran corazón probaron,  
Hacían mella en aquel alma,  
De temple y valor tan alto,  
Que era admiración de propios  
Y asombro de los extraños.  
La fama del rudo asedio,  
Veinte meses prolongado,  
Esforzados paladines  
Ante Algeciras atrajo:  
De Inglaterra y Alemania  
Y de Francia los cruzados,  
Reyes, príncipes y nobles,  
El ejército engrosaron (12);  
Y tras de rudos ataques,  
Victorias y descalabros,

Llegó por fin venturoso  
El día veintiséis de Marzo  
De mil trescientos cuarenta  
Y cuatro, que el soberano  
Hizo su entrada triunfante  
En Algeciras, llevando  
En torno sus ricos homes,  
Caballeros y prelados,  
Los Concejos de sus villas,  
Y flor de sus castellanos.

## III

## PRINCIPIOS DE REINADO

DE pronto lúgubre y triste  
Se oyó en España un rumor,  
Que espanto puso en las almas  
Y en los pechos aflicción.  
*«El Rey ha muerto»*, decía;  
Y los ecos de esta voz  
Vibraron por todas partes  
Con sorpresa y con terror.  
¡Era cierto, por desgracia,  
Que el esforzado español  
(Que, si bien tuvo lunares  
De vengativo rencor,  
Llevó á cabo grandes hechos  
De justicia y de razón)  
Daba ya su postrer cuenta  
Ante el tribunal de Dios!

La peste, el terrible azote  
Que de Levante llegó,  
Devastando con su aliento,  
Asolando en su furor,  
Al sitio de Gibraltar  
Cautelosa se acercó,  
Y en el ejército hizo  
Una horrible destrucción.  
Acónsejaban los nobles  
Al bravo conquistador  
Que abandonara el asedio,  
Mas resuelto se negó;  
Pues tanto le había costado  
La noble resolución  
De poner cerco á la plaza,  
Que de la muerte al temor  
Retirarse, lo creía  
Oprobio, mengua y baldón.  
El mortífero contagio  
Harto pronto le alcanzó,  
Y el mismo día veintiséis  
De Marzo, que alumbró el sol  
Seis años antes el triunfo  
De Algeciras, alumbró  
El cadáver del monarca  
Bajo fúnebre crespón,  
La orfandad de sus vasallos  
Y de Castilla el dolor.

*¡El Rey murió! ¡Viva el Rey!*  
Siguió diciendo la voz,  
Y la corona de Alfonso  
Pedro Primero ciñó.  
Como en las sombras de un sueño  
Trocada la situación,  
Desde la noche á la aurora  
El mancebito se vió.  
Durmióse olvidado y solo,  
Y le despertó el rumor  
Del pueblo, que le aclamaba  
Rey de Castilla y León.  
El Alcázar de Sevilla,  
Espléndido, brillador  
Y lleno de cortesanos,  
Él mismo desconoció.  
Vió de su madre en los ojos  
Cierta febril resplandor,  
Que con tocas de viudez  
Harto mal disimuló;  
Y no comprendió que eran  
Del satisfecho rencor  
Las llamas que se exhalaban  
De su herido corazón.  
Y de pajes y escuderos  
Ruidosa turba miró;  
Juglares, dueñas, soldados  
Que hablaban en su loor,

Con mil exageraciones  
De servil adulación,  
Que á verdades le sabían  
En su inocente candor.  
El humo de la lisonja  
En sus nubes le envolvió;  
Contempló á sus pies rendidos  
Virtudes, ciencias y honor:  
¡Qué extraño que se juzgara  
En la tierra como un Dios,  
Y se preguntara á veces:  
«¿Pero en realidad soy yo?»

Á Sevilla conducían  
En tanto al conquistador,  
Y del cuerpo de su amante  
La favorita iba en pos.  
Don Enrique y don Fadrique,  
Llenos de amargo dolor,  
De su madre acompañaban  
El duelo del corazón.  
Con ellos iban también  
Muchos hidalgos de pro  
Que aún se mostraban leales  
Á la afligida Leonor:  
Don Fernando de Manuel,  
El infante de Aragón,  
Y Juan de Lara, que era

De la Vizcaya señor.  
Mas ¡ay, que pronto la dama  
Nublada su estrella vió!  
¡Que pronto do juzgó amigos  
Enemigos encontró!  
De la villa de Medina  
Salió con grave temor  
El Alcaide don Alfonso  
Fernández, y le volvió  
Al par el pleito homenaje  
Y su antigua sumisión;  
Llenándola de despecho,  
De soberbia y de dolor.  
La ofendida *rica fembra*  
Con tal hecho comprendió  
Que en el ataud real  
Iban su gloria y favor:  
Y tanto temor le puso  
Lo que en el Alcaide vió,  
Que no llegar á Sevilla  
Fué su primera intención...  
Mas, del seguro fiada,  
La marcha continuó,  
Aunque recelando daños  
Á los hijos de su amor:  
Á su maestrazgo en Santiago  
Á don Fadrique envió;  
Á don Enrique á Algeciras,

Y á los otros á Morón.  
Siguió después la cuitada  
Del regio difunto en pos,  
Para entregarse ella misma  
En las garras del león.

La primera nube negra:  
Que el horizonte empañó  
Fué el huir de los bastardos,  
Pues se tuvo por traición.  
Los pingües heredamientos  
Que gozaban, y el favor  
Que durante muchos años  
La de Guzmán disfrutó,  
Amargaban á Don Pedro,  
Llenando su corazón,  
Tan juvenil como ardiente,  
De soberbia y de rencor.  
Aún los restos de su padre  
Al pie del regio pendón  
Estaban en la capilla  
Que San Fernando elevó  
(Esperando los llevaran  
Hasta la Iglesia Mayor  
De Córdoba, do yacer  
Don Alfonso deseó),  
Y ya de su propia casa,  
Y aun de toda la nación,

El nuevo Rey los oficios  
Y cargos distribuyó (13).  
Receloso como siempre,  
Y sospechando traición  
De su hermano don Enrique,  
Que á Algeciras se acogió,  
Á Lope de Cañizares,  
Hombre de astucia y valor,  
Para averiguar lo cierto  
Secretamente envió:  
Mas las gentes del bastardo,  
Conociendo la intención,  
Lo persiguieron de suerte  
Que por milagro escapó.  
Cuando refirió el suceso  
Á su irascible señor,  
Éste mandó á don Gutierre  
De Toledo, y le fió  
En galeras y soldados  
Con que ahogar la rebelión.  
Al bastardo tocó entonces  
Huir, y se retiró  
Con el Maestre de Alcántara  
Á su villa de Morón:  
Pero don Juan de Alburquerque (14),  
Que era el valido mayor  
De don Pedro desde el día  
Que de ser ayo dejó,

Aconsejó á su pupilo,  
De Estado con la razón,  
Atrajese á sus hermanos  
De su trono en derredor;  
Y obedeciendo el monarca,  
Á don Enrique llamó,  
Fingiéndose mutuamente  
Lazos de fraterno amor.

En tanto la favorita,  
Desde el punto que llegó  
Á Sevilla, por la Reina  
Fué reducida á prisión.  
No era dura, sin embargo,  
Pues exento de temor  
El bastardo don Enrique  
Á su madre visitó.  
Mas ¡ay! que olvidando ésta  
Su precaria situación,  
Quiso obrar como en los tiempos  
Que fué su gloria mayor.  
Tratábase de casar  
Con Fernando de Aragón,  
Ó con el mismo don Pedro,  
Á dama de gran valor  
(Doña Juana de Villena),  
Y la Guzmán consiguió  
Desbaratar estas bodas

Con audaz resolución.  
Al bastardo don Enrique  
Doña Juana prefirió (15);  
Consumóse el matrimonio;  
Llenóse el Rey de furor;  
Soberbia doña María,  
Á su cautiva estrechó;  
Y don Enrique, temiendo  
Las iras de su señor,  
Á Asturias rápidamente  
Con dos parciales huyó,  
Mientras la Reina en Carmona  
Guardaba á doña Leonor.

## IV

MUERTE DE DOÑA LEONOR  
DE GUZMÁN

COMO las flores de almendro,  
Son las venturas fugaces;  
Estrellas que el éter cruzan,  
Aristas que lleva el aire.  
Apenas de la corona  
Las emociones punzantes  
Empezó á sentir don Pedro,  
Cuando adoleció tan grave,  
Que en riesgo de pronta muerte  
Se pudo considerarle,  
Y con el riesgo se hicieron  
Las ambiciones más grandes.  
En la sucesión del trono  
Divididos los magnates,  
Don Juan Alfonso pedía  
Que al de Aragón se nombrase,

Como primo del monarca (16);  
Mientras Alfonso Fernández,  
Garcilaso de la Vega  
Y otros nobles importantes  
Á don Juan Núñez de Lara  
La corona querían darle (17).  
Las diversas opiniones  
Se conformaban en parte,  
Decidiendo al elegido  
Casar con la Reina madre;  
Mas la voluntad divina  
Deshizo tan locos planes.  
Recobró el Rey lentamente  
La salud que perdió antes,  
Y de los *traidores* unos  
Aparecieron *leales* (18);  
Otros, temiendo al monarca,  
Ganaron sus heredades;  
Mas fué la muerte tras ellos  
Cual la venganza implacable (19):  
Quedando al fin Alburquerque  
Más poderoso y más grande,  
Gobernando al Rey y el reino  
Con alientos de gigante.  
Convaleciente en Sevilla,  
Temeroso de ausentarse,  
Pasó el Rey todo aquel año  
En blanda calma suave.

Más trataba con halcones  
Que con donceles y pajes;  
Más de azores entendía  
Que de luchas de magnates.  
¡Pluguiera al Cielo que siempre  
Tan dichosa paz durase!  
¡Mas ay, que quien siembra vientos  
Pronto coge tempestades!

Salió el Rey para Castilla,  
Y con él la Reina madre;  
Que están cortes convocadas,  
Y es don Pedro quien las abre.  
Llevó consigo María,  
Por que mejor se la guarden,  
Á su rival de otros tiempos,  
Que tuvo en estrecha cárcel;  
Y en su humillación gozando,  
Y gozando en sus pesares,  
Fué cruel y vengativa  
La que pudo ser tan grande.  
Como al pasar por Llerena  
Á don Fadrique encontrasen,  
El Maestre de Santiago,  
Al rendir pleito homenaje  
Á su hermano, lograr pudo  
Licencia de ver su madre.  
¡Pobre mujer! ¡Que castigo

De pasadas liviandades  
Fué aquella postrera vista,  
Aquel doloroso trancel  
Entre la madre y el hijo  
No se cruzó ni una frase;  
Que suspiros y sollozos  
Fueron su solo lenguaje,  
Hasta que del carcelero  
El rudo mandato grave  
Rompió el tristísimo abrazo,  
¡Último que debían darse!

Por acuerdo de Alburquerque,  
De la Reina y sus parciales,  
Fué desde allí conducida  
La hija de los Guzmanes  
Á Talavera, guardada  
Por don Gutierre Fernández  
De Toledo, y nuevamente  
Sumida en lóbrega cárcel.  
Muy pocos días pasaron,  
Cuando, al caer una tarde,  
Llegó de doña María  
Un misterioso mensaje.  
El portador, escudero  
De torvo y feroz semblante,  
Solicitó ver la presa,  
Y hasta su estancia lleváronle.

Nada se oyó... salió en breve  
Serenó, firme, arrogante;  
Tornó á montar á caballo,  
Apretó recio el rendaje,  
Y desapareció en las sombras,  
Veloz como el mismo aire...

Cuando en la prisión entraron,  
En ancho lago de sangre  
Vieron á la favorita,  
Con tres heridas mortales.  
¡La dama de Alfonso Onceno  
Era ya sólo un cadáver!  
¡Así expió los favores  
Y las grandezas de antes;  
Así el sol de su fortuna  
Llegó por siempre á nublarse!  
¡Infeliz de la que, débil  
En los mundanos combates,  
Por galas de cortesana  
Trueca sus alas de ángel!

Continuando el penoso  
Y dilatado viaje,  
El Rey y doña María  
Y su corte de magnates  
Llegaron á Palenzuela,  
Donde se hallaba esperándoles

Don Tello, que acudió al punto  
Á rendirles homenaje.  
Al verle ceñudo Pedro,  
Le dijo con frialdad grave:  
—*¿Sabedes, don Tello, acaso  
Como es muerta vuestra madre?* (20)  
Alterado y balbuciente  
Al oír razones tales,  
Como cobarde y mal hijo  
Respondió el bastardo Infante:  
—*Sólo á vuestra Señoría  
Tengo por madre y por padre* (21).  
¡Respuesta que por sí basta  
Para juzgar un carácter!

## V

## EL PRIMER AMOR

EN tanto que se juntaban  
En Valladolid invicta  
Diputados, ricos homes  
Y Consejos de las villas,  
Garcilaso de la Vega  
Se declaró en rebeldía,  
De su amigo Juan de Lara  
Vengando así las cenizas.  
Contra el valido Alburquerque  
Sus odios se dirigían,  
Y en Burgos con otros nobles  
Alzó traidoras divisas.  
Mas bien previno el magnate  
Los riesgos que no temía;  
Pues cuanto llegó don Pedro  
Á terrenos de Castilla,

Y á recibirle en Celada  
El Adelantado iba,  
Fué preso con sus parciales,  
Y tan pronta la justicia,  
Que ser detenido y muerto  
Fué todo una cosa misma (22).  
En vano el grave peligro  
Le advirtió doña María,  
Siendo con él más piadosa  
Que fué con la favorita.  
Murió miserablemente,  
Arrastrando á su familia,  
Á sus parciales y amigos  
En su muerte y su ruina:  
Mientras aquel Rey mancebo,  
Casi niño, proseguía  
Á Valladolid la marcha  
Con la gravedad tranquila  
De quien no deja á su paso  
Huellas de sangre vertida,  
Lágrimas, traiciones, odios  
Y ambiciones siempre vivas.

Grande importancia tuvieron  
En la española política  
Aquellas primeras cortes  
Convocadas en Castilla.  
Sus sabios *Ordenamientos* (23),

Sus leyes equitativas,  
El buen juicio del monarca,  
La consumada pericia  
Que mostraba en las cuestiones  
Á su fallo sometidas,  
La manera con que supo  
Ceder con prudencia digna  
En el difícil arreglo  
De las antiguas *behetrías*;  
Todo despertó esperanzas  
En plebe y nobleza, unidas,  
De gozar tiempos mejores  
Y lograr mejores días.  
Breve período tranquilo  
De paz y recta justicia,  
En que el Rey como un anciano  
Razonaba y discutía,  
Mientras su madre pactaba  
Casarle con la sobrina  
Del rey de Francia don Carlos,  
Y de embajadores iban  
Juan Sánchez de las Roelas,  
Que en Burgos tuvo la mitra,  
Y Alvar Sánchez de Albornoz,  
De honrada y noble familia.  
Alburquerque de esta boda  
Á los proyectos se unía,  
Con el canciller don Vasco;

Pues entrambos comprendían  
Que iba á tener para España  
Ventajas muy positivas,  
Y de su buen resultado  
Contaban con las albricias.  
Así fué; convino en ello  
El francés, y por su hija  
El Duque de Borbón puso  
En los contratos la firma.  
Flor delicada y suave  
De hermosura peregrina  
Era la princesa Blanca,  
De Pedro la prometida.  
¿Por qué la suerte con ella  
Se mostró siempre mezquina,  
Atormentando insensible  
Joya de tanta valía?  
¿Por qué extrañas circunstancias,  
Retardando su venida,  
Dieron tiempo á que arraigasen  
Por su mal otras semillas?  
Hay seres tan desdichados  
Que en las sendas de la vida,  
En vez de aromadas flores,  
Recogen tan sólo espinas.

Fresco lirio de los valles  
Ó espléndida margarita,

En los radiantes albores  
De su mayor lozanía,  
En Sahagún una doncella,  
Cual rosa de Mayo linda,  
Con la esposa de Alburquerque  
En el palacio vivía.  
Mecióse en hidalga cuna,  
Mas no fué cuna tan rica,  
Que doña Isabel Meneses,  
Juzgando le convenía,  
Por darle mejor estado,  
Criarla en su casa misma,  
No la trajera consigo  
Para educarla á su vista.  
Del señor de Villagero,  
Diego García de Padilla,  
Y Doña María Hínestrosa  
Era la doncella hija:  
En estatura pequeña,  
En pensamientos altiva,  
En discreción extremada,  
En las costumbres sencilla;  
Dotada de tal belleza  
Y gracia tan exquisita,  
Que de cuantos la trataban  
Era encanto y maravilla.  
Á su paso por Sahagún,  
Viniendo de Andalucía,

Vióla don Pedro, y al verla  
Sintió una impresión tan viva,  
Que, á sus hechizos rendido,  
En amorosa porfía  
Quiso conquistar un alma  
Que era preciada conquista.  
No se mostró ciertamente  
Con tal galán ella esquivá,  
Y prendió en ambos la llama  
De una pasión no vencida,  
Tan fecunda de pesares,  
Tan pródiga de desdichas,  
Cual la de Alfonso el Onceno  
Y su hermosa favorita.  
Supónese (y fundamentos  
Harto graves lo atestiguan)  
Que no fué cuestión de acaso  
Aquella traidora vista,  
Sino pensado recurso  
Con que el valido quería  
Eternizar su privanza  
Buscando al Rey por amiga  
Una doncella inocente  
Criada por su familia,  
Y que por lo mismo fuera  
Con ellos agradecida.  
¡Ilusiones engañosas  
Que, bajo encantados prismas,

Convierten las realidades  
En seductoras mentiras:  
Los amargos desengaños  
Llegarán á toda prisa  
Á abrir los cerrados ojos  
Del que en infamias confía!

## VI

## BODAS REGIAS

REBELIÓN de los bastardos  
Y revueltas y asonadas  
De don Alfonso Fernández  
El patrio suelo manchaban.  
Era este Alfonso el que, débil,  
Á la muerte del monarca,  
Siendo alcaide de Medina,  
Con desatención marcada  
Devolvió el pleito homenaje  
Que por ella conservaba  
Á la triste favorita,  
Á la poderosa dama  
Que fué espejo de grandezas  
Y extremo de desdichadas.  
Acudió al punto don Pedro  
Donde el rebelde se hallaba;

Mas como á la vez supiera  
Que en la región asturiana  
Don Enrique bastecido  
Sus pendones levantaba,  
Dejó á Aguilar, y partióse  
Animoso á la Montaña.  
Apretado cerco puso  
Á Gijón, con dobles ansias  
De vencer por encontrarse  
Tras de las fuertes murallas  
La esposa de don Enrique,  
La condesa doña Juana.  
Mas pronto capitularon  
Los que defendían la plaza,  
Y el bastardo, sometido,  
Prestó homenaje al monarca,  
Declarando que no haría  
Más guerra. ¡Promesas vanas!  
¡Palabras del ambicioso  
Aire son, que no palabras!

Tornó el Rey á Andalucía,  
Porque Aguilar le llamaba;  
Batió la villa rebelde,  
Ardiendo en soberbia saña,  
De los ingenios de guerra  
Con las poderosas máquinas,  
Que escombros, muertes y estrago

Cual gigantes arrojaban.  
Hundió sus muros y torres  
Con indomable constancia,  
Y al fin penetró en la villa  
Por la fuerza de las armas.  
Preso don Alfonso, en vano  
Pretendió ver al monarca;  
Y al reprenderle Alburquerque  
Su conducta temeraria,  
Le contestó el desdichado  
Con indiferencia extraña:  
*«Juan Alfonso, ésta es Castilla;  
Hace hombres, y los gasta»* (24).  
Murió miserablemente,  
Mas sin desmentir su audacia.  
¡Castigo del Cielo, acaso,  
Por la muerte desgraciada  
Que diera trece años antes  
Al buen Maestre de Alcántara!

Ya de los lazos de amores  
Que habían unido sus almas  
Don Pedro y María Padilla  
Tierno fruto acariciaban.  
Beatriz se le dió por nombre,  
Y ricamente heredada  
Con las villas y castillos  
Que á Fernández confiscaran,

Alegraba de sus padres  
Las deliciosas veladas;  
Pues más el amor crecía  
Cuanto más tiempo pasaba.  
Divertíanse en Toledo  
Con fiestas, justas y danzas,  
Cuando llegó la noticia  
Que la Princesa de Francia  
En Castilla había ya entrado,  
Por doquiera festejada,  
Y que Reina, corte y pueblo  
El desposorio aguardaban.  
Pálido y torvo el semblante,  
Vaga y triste la mirada,  
Oyó don Pedro estas nuevas  
Que el corazón le desgarran;  
Mientras María de Padilla  
Silenciosa, consternada,  
Á la rubia niña tierna  
De amargo llanto bañaba.  
Romper el odiado enlace  
Fué la intención del monarca;  
Pero don Juan Alburquerque  
Se valió de tales trazas,  
Le dió tan buenas razones,  
Y al par de buenas tan sabias,  
Que don Pedro, convencido,  
Mandó á Montalbán su dama,

Y á Valladolid partieron,  
Do las Reinas le aguardaban,  
Con la sonrisa en los labios  
Y con la muerte en el alma.  
Triunfó de nuevo el valido  
En la contienda empeñada,  
Aunque el sol de su fortuna  
Lentamente se eclipsaba;  
Porque aquella dulce niña  
Que juzgó dócil esclava,  
Aunque sin nombre de reina,  
Era reina soberana,  
É Hinestrosas y Padillas  
Por su favor se elevaban,  
Robándole poco á poco  
La gloria de su privanza.  
¡Triste situación aquélla,  
Por ambiciones creada!  
¡Mar de amarguras sin nombre  
De la infeliz doña Blanca,  
Que, de su patria venida  
Como regia desposada,  
Era esposa sin esposo  
Y era germen de venganzas;  
Y triste también la suerte  
De la hermosa niña hidalga,  
Que de su tierno cariño  
El dulce fruto abrazaba!

¡Ay de la una, inocente,  
Villanamente engañada!...  
¡Ay de la otra, culpable,  
Mas llena de amor el alma!  
Convidados á las bodas  
Del castellano monarca  
Habían sido los bastardos,  
Y con lucidas mesnadas  
Llegaron hasta Cigales,  
Dispuestos como á batalla.  
Mandaron sus mensajeros  
Con razones cortesanias;  
Y aunque don Juan Alburquerque,  
Lleno de secreta rabia,  
Quiso impedir se reunieran,  
No valieron sus palabras:  
El Rey les mandó el seguro  
Que contra el ayo aguardaban,  
Y don Tello y don Enrique,  
Sin lorigas y sin armas,  
Humillando al favorito  
Con orgullosa arrogancia,  
Al par de su hermano Pedro  
Llegaron al regio Alcázar (25).

¡Tres de Junio!... ¡tres de Junio!...  
Espléndida la mañana,  
La ciudad como de fiesta,

Y la plebe alborozada.  
En el espacio armonías,  
Repiques de las campanas;  
El sol quebrando sus rayos  
En las picas y alabardas.  
Santa María la Nueva  
Ricamente aderezada,  
Empavesando sus muros  
Gallardetes y oriflamas.  
Una inmensa comitiva,  
Que luce costosas galas,  
De prelados, infanzones,  
Y caballeros y damas,  
Pajes, soldados cubiertos  
De resplandecientes mallas,  
Y con dalmáticas ricas  
Pesados reyes de armas,  
Hendiendo van el gentío,  
Que bulle, se agita y clama  
Para abrir paso á los novios,  
Ginetes en dos hacáneas  
Que á la nieve de la sierra  
En su blancura aventajan.  
Paños forrados de armiño,  
Tejidos con oro y plata,  
Forman de los desposados  
Las costosísimas galas.  
Las rubias sedosas trenzas

Tendidas sobre la espalda,  
Casi cerrados los ojos  
Y la cabeza inclinada,  
Sonríe á sus ilusiones  
La princesa doña Blanca;  
Mientras que su desposado  
Con torva mirada vaga  
Hacia la iglesia camina  
Como hacia el suplicio marcha  
El misero sentenciado,  
Viendo en el fondo del alma  
De Montalbán el castillo,  
La favorita entre lágrimas,  
Y el ángel de sus amores  
Con su madre abandonada.

Padrino del Rey su ayo  
Alburquerque, le acompaña;  
Siendo madrina la Reina  
Viuda de Aragón, hermana  
De don Alfonso el Onceno,  
Dama enérgica, entusiasta,  
Y que ve en aquellas bodas  
La felicidad de España.  
Las riendas del palafrén  
De la hermosa desposada  
Lleva con noble altiveza  
El Conde de Trastamara.

Don Fernando de Aragón  
El de la Reina guiaba:  
Y formando á los esposos  
Como lucida guirnalda,  
Van don Tello, don Fernando  
De Castro, de Calatrava  
El Maestre, Haro, La Cerda,  
Y de otras ilustres casas  
Los preclaros ascendientes,  
Que son del reino esperanzas,  
Flor de las cortes del mundo  
Y de la española galas.

Cantos y nubes de incienso,  
Harmonías y plegarias  
Llenan la gótica iglesia  
Y furtivo llanto arrancan.  
La bendición del Prelado  
Une por siempre dos almas;  
Y al abandonar el templo  
La inocente soberana,  
Pudo creer que los vivos  
De la plebe entusiasmada  
Eran ecos de los ángeles,  
Que su ventura cantaban.

*Las bodas fueron muy buenas,  
Las tornabodas muy malas,*

Dice un antiguo romance,  
Y es una verdad probada.  
No habían pasado dos días,  
Cuando ya se susurraba  
Que se marchaba don Pedro  
Á Montalbán con su dama.  
Las dos Reinas, afligidas,  
Acudieron á el Alcázar,  
Y con llantos y suspiros  
Rogaron por doña Blanca.  
Mostróse maravillado,  
Disimulando, el monarca;  
Y tales protestas hizo,  
Y les dió tales palabras,  
Que marcharon convencidas,  
Tranquilas y consoladas,  
Seguras de que su celo  
Entonces las engañaba.  
Mas quizá no habían llegado  
Nuevamente á sus posadas,  
Cuando, jinete en un potro  
Que atrás el viento dejaba,  
El Rey, con Diego Padilla,  
En busca de su adorada,  
De Valladolid partiendo,  
Á Montalbán galopaba.

VII  
SANGRE Y ODIOS  
LA LIGA

QUIÉN del águila altanera  
Pretende el vuelo atajar?  
¿Quién el frenesí detiene  
Del desbocado alazán?  
Ni el escándalo, ni el odio,  
Ni la rebelión audaz,  
Ni el dolor de las tres Reinas  
Pudieron nada lograr.  
La sensación de este hecho  
Fué gravísima y fatal,  
Causando terror y asombro  
En toda la cristiandad:  
Porque, si cedió al principio,  
Tornóse presto á marchar (26),  
Aunque los mismos Padillas  
É Hinestrosas, con afán,

Por la infortunada Blanca  
Se atrevieron á rogar;  
Mas ¡ay, no tenía don Pedro  
Más ley que su voluntad!  
Llenas de dolor profundo  
Y de vergüenza mortal,  
La Reina madre y su nuera  
Se hubieron de retirar  
Á Tordesillas, llevando  
Á su amarga soledad  
De aquel horrible desaire  
Clavado el rudo puñal.

En tanto don Juan Alfonso,  
De su privanza fugaz  
Con los recuerdos, huía  
Para nunca más tornar.  
Dejó en rehenes sus hijos,  
Y por cierto hizo muy mal;  
Que á no ser por la Padilla,  
Cuya generosidad  
Y prudencia los salvara  
De su destino fatal,  
Hubieran muerto los dos  
Con refinada crueldad.  
Marchó el mísero valido,  
Y acogióse en Portugal;  
Mas la saña de don Pedro,

Persiguiéndole hasta allá,  
Intentó hacerle volver,  
Para poderse vengar.  
Defendióle de su nieto  
Don Alfonso con lealtad,  
Y por entonces el ayo  
Tranquilo pudo quedar (27).  
Ligados contra Alburquerque  
Los hijos de la Guzmán,  
Disfrutaban un período  
De falsa tranquilidad.  
En tanto moría el Maestre  
De Calatrava, don Juan  
Núñez de Prado, y su cargo  
Vino un Padilla á tomar.  
Diz que este mismo Padilla,  
Ambicioso como audaz,  
Á su noble antecesor  
Había hecho ajusticiar;  
Y si, como aseguraban,  
Era este crimen verdad,  
¡Qué de infamias se cubrían  
Con la púrpura reall

Había don Pedro enviado,  
Sin tener de ella piedad,  
Á Arévalo á doña Blanca,  
Con prohibición especial

De que á la Reina su madre  
La permitiesen llegar;  
Que sospechoso le era  
Hasta el amor maternal.  
Los bastardos, entretanto,  
Se empezaron á cansar  
De fingir junto al monarca  
Problemática lealtad;  
Y ligándose en secreto  
Con el valido don Juan,  
Previnieron nuevas luchas,  
Que iban muy pronto á estallar.

Como girasol voluble,  
Rudo como vendaval,  
Sediento de amores nuevos,  
Con demente ceguedad  
Á Juana de Castro el Rey,  
Enamorado y galán,  
Para esposa pretendía,  
Pues se negaba á aceptar  
De la Padilla el destino  
La desdeñosa beldad:  
Pero tanto insistió Pedro,  
Que ella, insistiendo en negar,  
Díjole que doña Blanca  
Era su esposa no más.  
Poco después dos Prelados (28),

Por miedo ó debilidad,  
Del público desposorio,  
Hecho de España á la faz,  
Á pronunciar se atrevieron  
Sentencia de nulidad.  
Más si doña Blanca fué  
Esposa dos días no más,  
*Una noche* solamente  
Lo fué Juana por su mal:  
Pues satisfecho el capricho  
Del enamorado afán,  
El Rey en Castrojeriz  
Recobró su libertad;  
Y á la de Castro, olvidada  
Para siempre, en su pesar,  
Le quedó sólo el recuerdo  
De su ventura fugaz (29).  
Era ocasión oportuna  
Para en la Liga triunfar,  
Cuando este escándalo grave  
Llegó á ser universal.  
Á sus primos de Aragón  
Don Pedro mandó llamar,  
Mientras Fernando de Castro (30),  
Herido en su dignidad,  
Con los ligueros se unía  
Como vengador leal  
De la afrenta de su hermana

Y de la suya á la par.  
Encendióse, pues, la guerra,  
Sangrienta, horrible, mortal,  
En que hermanos contra hermanos  
Se aprestaban á luchar  
Como cristianos y moros,  
En su mutua odiosidad,  
Defienden unos la Fe,  
Y los otros el Corán.

Para tener á su esposa  
Con mayor seguridad,  
El monarca á doña Blanca  
Hizo á Toledo llevar:  
Pero al verla tan hermosa  
Y tan digna de piedad,  
Se alzó la ciudad entera  
Por ella con noble afán.  
Baeza, Córdoba, Jaén,  
Talavera y otras más,  
Al ejemplo de Toledo,  
Juraron fidelidad  
Á la Reina abandonada,  
Queriéndola consolar;  
Pero como defenderla  
Era preciso además,  
Al Maestre de Santiago  
Enviaron á llamar,

Y él le juró pleitesía  
Como vasallo leal.

La estrella del Rey don Pedro  
Se comenzaba á nublar,  
Pues casi en los mismos días,  
Renunciando su amistad,  
Doña Leonor con sus hijos  
Determinóse á marchar.  
Aprovechando la Liga  
Tan versátil voluntad,  
Á la enérgica viuda  
Logró en su empresa aliar;  
Reuniendo así los bastardos,  
Alburquerque y los demás,  
Con los Castros ofendidos,  
Terrible parcialidad.  
La escasa hueste del Rey,  
No atreviéndose á luchar,  
Con el airado monarca  
Hubo de volver atrás:  
Y ganando á Tordesillas,  
Como herido gavián,  
Con su madre y con su amada  
Se pudo allí refugiar;  
Mientras los confederados,  
Con resolución tenaz,  
Cercaban, aunque de lejos,

Á la regia majestad (31).

Colérica y desairada  
La reina Leonor se va;  
Que por la Liga traía  
Proposiciones de paz,  
Y don Pedro las rechaza  
Con loca tenacidad:  
Que no pacta con rebeldes  
Quien tan ofendido está (32).  
Truena Roma contra el Rey  
Por su ciega liviandad;  
Claman los confederados  
Con su imponente ademán;  
Y aquel mancebo, que apenas  
El bozo siente apuntar,  
Contra todos se defiende  
Indómito como audaz.

Murió entonces en Medina  
El ayo del Rey, don Juan  
Alburquerque; y si su muerte  
Fué ó no fué natural,  
Es asunto que no pudo  
Dilucidarse jamás:  
Mas dió motivo á una empresa  
Por extremo singular.  
El vengativo magnate,

De la Liga capitán,  
Ni aun muriendo consintió  
En su venganza cejar:  
Así, marcha su ataud  
Donde su mesnada va,  
Y si hay consejos, su voz  
Ruy Díaz debe llevar.  
¡Auténtico testimonio  
De aquella saña infernal,  
Que un ejército de vivos  
Permite á un muerto guiar!  
¡Cuando las malas pasiones  
Esclavizan al mortal,  
Qué fácilmente se hace  
Trasunto de Satanás!

Con nuevas proposiciones  
Tornó la Liga á buscar  
Al monarca en Tejadillo (33);  
Mas, aunque mostró bondad,  
En su corazón ardían  
Como lava de un volcán  
Tales agravios, que nada  
Se pudo conciliar.  
Faltó luego á lo pactado,  
Y, despreciando la paz,  
Logró marcharse de Toro  
Para su dama encontrar.

Vióse entonces una extraña  
Y horrible monstruosidad,  
Y fué: que doña María,  
En su cólera fatal,  
Traidora contra su sangre,  
No pudo llegar á más  
Que á llamar en su favor  
Los hijos de la Guzmán,  
De sus afrentas padrones,  
Pedazos de su rival,  
Germen de eternas discordias  
Y perpetua deslealtad.  
De la marcha de don Pedro  
Les dió relación cabal,  
Olvidando de su nombre  
La severa dignidad;  
Y hasta les trajo á su lado  
Para al monarca obligar...  
Con tal de no ser vencida,  
La soberbia, ¿qué no hará?

Triunfó por aquesta vez  
(Y ya fué mucho triunfar)  
De don Pedro la orgullosa  
Confederación feudal:  
Porque aceptando el mensaje  
De su fingida humildad,  
Vino el monarca de Ureña

Á Toro, con don Fernán  
Sánchez y Samuel Leví,  
Su tesorero real.  
¡Sólo estos dos se atrevieron  
Á su dueño á acompañar,  
Y del linaje Hínestrosa  
El noble y digno don Juan!  
Los demás con los Padillas,  
Llenos de miedo cerval,  
Para esperar los sucesos  
Buscaron seguridad.

Preso de los de la Liga  
El Rey de Castilla está;  
Prisión que ha de costar cara  
Á la rebelión audaz.  
Repartidos los oficios  
Del reino y palacio, van  
Á entretener ambiciones  
Que no se llegan á hartar;  
Y en tanto ni una palabra,  
Ni una memoria quizá,  
Para la Reina cautiva  
De Toledo en la ciudad.  
¡Y decían que por su causa  
Se arrojaban á luchar:  
Qué ingrata y qué tornadiza  
Es la humana voluntad!

El descontento de unos  
Y la ambición de los más  
Explotar supo don Pedro  
Con prudente habilidad.  
Su tía doña Leonor  
La primera en aceptar  
Fué sus mercedes, dejando  
Por siempre la Liga ya.  
Huyó el monarca de Toro  
Con achaque de cazar;  
Y juntando á toda prisa  
Hueste valiente y leal,  
Con sus primos los Infantes  
De Aragón pudo empezar  
Desde Segovia la lucha,  
Lucha horrible y pertinaz.  
Pasando por ella el Rey  
Como pasa el huracán,  
Medina Sidonia vió  
Á dos nobles castigar (34).  
Toro le cerró las puertas  
Con temor bien natural.  
Don Enrique, acometido  
En tierras de Colmenar,  
Escapando por milagro,  
Revolvió con saña audaz,  
Y el desventurado pueblo  
Se complació en destrozar.

Toledo capituló;  
Mas la recia tempestad  
De justicias é injusticias  
Fué con el monarca allá:  
Y á la infeliz doña Blanca,  
Sin consentir verla más,  
Siempre como prisionera,  
Hizo á Sigüenza llevar.  
Toro le vió ante sus muros  
Bañada en ira la faz,  
Y vió destrozar sus campos  
Y sus árboles talar.  
Huyó al cabo don Enrique  
De la abatida ciudad,  
Y con su cuñado Castro  
Se fué en Galicia á encontrar:  
Mas por la reina María  
Y doña Juana, además,  
Animoso, don Fadrique  
Batallaba sin cesar;  
Y mientras valles y montes  
Teñía sangre fraternal,  
Tranquilo solaz gozaba  
El odiado musulmán.

Iba ya el sol una tarde  
Su rojo disco á ocultar,  
Cuando con seis caballeros,

Que noble escolta le dan,  
El Maestre de Santiago,  
Cansado de pelear,  
Bajó á la margen del río  
Solo por casualidad.  
Al verle el buen Hinestrosa,  
Se puso ansioso á gritar:  
—*Venides luego el Maestre,  
Tenedes de vos piedad;  
Si no venís á merced  
Del Rey mi señor, será  
Para vos grave peligro,  
Pero peligro mortal.*  
—¿*Cómo tal me aconsejades?*  
Atreviöse á replicar  
Don Fadrique. ¿*Sin seguro  
Quién á mi señor irá?*  
El Rey, que estaba escuchando  
Con serena y grave faz,  
—*Hermano Maestre, dijo,  
Juan Fernández en verdad  
Como bueno os aconseja;  
Venides, pues, sin tardar,  
Que á vos y á esos caballeros  
Que de vuestra parte están  
Empeño de aquí el seguro  
De mi palabra real.*  
Pasó don Fadrique el río,

Las manos llegó á besar  
Á don Pedro, y á este tiempo  
Se oyó un grito general:  
— ¡*Muertos somos, muertos somos,*  
Clamaban en la ciudad;  
*El Maestre de Santiago*  
*Nos acaba de dejar!* (35)

. . . . .  
. . . . .

En aquella misma noche  
Para Toro tan fatal  
La traición abrió una puerta  
Y el Rey pudo penetrar.  
¡Cuánta sangre fué vertida  
Con refinada crueldad!  
¡Qué caro cobró don Pedro  
Lo que le hicieron penar!  
Trémula, desfallecida,  
Con dolorido ademán,  
Cercada de sus parciales,  
Cuya congoja mortal  
Le probaba que era ella  
Su postrer refugio ya,  
Con la esposa del bastardo  
Se iba la Reina á alejar,  
Cuando en el puente del foso  
Vió la regia majestad  
Del hijo, que así allanaba

El sagrado de su hogar.  
Detúvose temblorosa  
En tanto que el *albalá* (36)  
Ruy González Castañeda  
Levantaba con afán.  
—¡*No sirve!* prorrumpió el Rey,  
É hizo una seña no más...  
Ferradas mazas se alzaron,  
Brilló asesino puñal...  
Y Estébanez, Castañeda,  
Téllez y Alfonso á la par  
Cayeron, manchando el suelo  
De sangre con un raudal.  
Faltó á la Reina la luz  
Tal horror al contemplar,  
Y con ella doña Juana  
Rindióse á la gravedad  
De esta escena, y sin sentido  
En tierra vino á quedar...

Cuando tornaron en sí,  
Cual pesadilla tenaz  
Á los cadáveres vieron  
Desnudos y helados ya;  
Y la madre sin ventura  
Maldijo con loco afán  
Al que un día en sus entrañas  
Sintió alegre palpitar.

Poco después, por sus ruegos,  
Fué enviada á Portugal,  
Muriendo de mala muerte;  
Asesinada quizás (37).  
¡Triste suerte fué la tuya,  
Desdichada majestad!  
Mas ¿qué extraño? ¡No supiste,  
Ni querer, ni perdonar!

## VIII

## EL MAESTRE DE SANTIAGO

CASTILLA, infeliz Castilla,  
Fértil campo de revueltas,  
Con más zizaña que trigo  
Y más señores que sierras!  
¡Mala fortuna te sigue,  
Malos dueños te gobiernan,  
Que donde fijan la planta  
Huellas de sangre se dejan!  
Cuando se alzaban triunfantes  
Las españolas banderas  
De pasadas sediciones  
Y fratricidas contiendas,  
El belicoso don Pedro  
Declaró á Aragón la guerra,  
Sus fronteras atacando  
Por el lado de Valencia.

Los motivos de esta lucha  
Fútiles motivos eran (38);  
Pero graves los hacían  
De los reyes la soberbia.  
Para atender á los gastos  
De su temeraria empresa,  
No se contentó don Pedro  
Con exacciones violentas,  
Ni con las confiscaciones  
De gentes aragonesas;  
Sino que de dos sepulcros  
Tomó joyas y preseas (39).  
Fueron de estas disensiones  
Como primicias sangrientas  
Estragos, muertes, é incendios  
De numerosas aldeas.  
Aliados de Pedro cuarto,  
Vinieron desde sus tierras  
Luís de Navarra y el Conde  
Gastón de Foix; y con estas  
Ya respetables mesnadas  
De brava gente extranjera,  
El bastardo don Enrique  
Unió sus huestes, dispuestas  
Á luchar como leones  
Y á ensañarse como hienas.

Entre los muchos guerreros

De esclarecida nobleza  
Que de Castilla seguían  
Las triunfadoras enseñas  
Iba Alvar Pérez Guzmán,  
Y con él Juan de La Cerda,  
Esposos de las dos hijas  
Que años atrás dejó huérfanas  
Aquel Alfonso Fernández  
Coronel, cuya cabeza  
En Aguilar el monarca  
Derribó con saña fiera.  
Eran ambas muy hermosas,  
Y como hermosas discretas;  
María, flor de los cielos;  
Aldonza, flor de la tierra.  
Supieron los dos esposos  
Que con indigna manera,  
Mientras ellos combatían  
Con lealtad caballeresca,  
El rey don Pedro á las damas  
Amoroso pretendiera;  
Que era halcón infatigable  
Persiguiendo garzas bellas.  
Los magnates, despechados  
De tan vergonzosa afrenta,  
Dejando el campo, se fueron;  
Y aunque en su cólera ciega  
Don Pedro corrió siguiéndoles

Distancia de algunas leguas,  
No pudo darles alcance,  
Y tornóse á la frontera.

En tanto vino de Roma  
Á dirimir las contiendas,  
Nuncio de paz, un Legado  
De gran talento y prudencia:  
Mas tales odios hervían,  
Y pasiones tan rastreras,  
Que, sin temor de amenazas,  
Con satánica soberbia  
Desairaban los dos bandos  
Su bienhechora influencia,  
Costando mil sacrificios  
Aun dos semanas de tregua.  
Tratos secretos y dobles,  
Llenos de ricas promesas,  
Con que á Fadrique y á Tello  
Desde Aragón lisonjean,  
En don Pedro despertaron  
Los odios que mal durmieran,  
Pues no tenía olvidadas  
Las vejaciones y afrentas  
Que de su madre y hermanos,  
Preso en Tóro, recibiera;  
Y la sed de la venganza  
Era en él grave dolencia.

Por fin el Legado pudo  
Que de la razón severa  
Llegara el eco á los Reyes  
Que sustentaban la guerra.  
Firmóse de tregua un año,  
Y don Bernardo Cabrera,  
De Pedro el Ceremonioso  
Consejo, brazo y conciencia,  
Al hermano del monarca  
Trajo al fin á sus banderas,  
Olvidando mutuamente  
Las anteriores afrentas.  
Mucho disgustó á don Pedro  
Tal arreglo, y si pudiera  
En el voluble Fernando  
Vengara la acción aquélla;  
Y aun más hubo de irritarle  
Que, pidiéndole la venia  
Entonces Pedro Carrillo  
Para servirle en la guerra,  
Dióselas de muy buen grado,  
Quizá con la sola idea  
Que su hermano don Enrique  
Tan fiel servidor perdiera.  
Vino Carrillo, y mostróse  
Astuto como culebra,  
Pues, á todos engañando,  
Libertó una ilustre presa (40):

Y como sólo este objeto  
Á Castilla le trajera,  
Volvióse con doña Juana  
Á la tierra aragonesa.  
¡Burla pesada y terrible,  
É imperdonable de veras,  
Para quien, como don Pedro,  
Fuego llevaba en las venas!

Cuando regresó á Sevilla  
De la enemiga frontera  
El monarca, ya juzgado  
Había sido Juan La Cerda.  
Con falso indulto don Pedro  
Engañó á la esposa tierna,  
Y ella, como el muerto amado,  
Quiso también estar muerta.  
Buscó en el claustro un asilo,  
Y hasta allí la pasión regia  
Lasciva siguió sus pasos;  
Mas tuvo tal fortaleza,  
Que triunfó y, no castigando  
En el ofensor la ofensa,  
Destruyéndola implacable,  
Bien se vengó en su belleza (41).

De la *casta flor del Cielo*  
La doliente historia es ésta.

¿Cuál fué por aquellos días  
La de la *flor de la tierra*?  
Menos fuerte que su hermana,  
Si como su hermana bella,  
Astro fué que rodearon  
Arreboles de vergüenza.  
La vió la Torre del Oro,  
Con esplendores de reina,  
De doña María Padilla  
Anhelar las preferencias;  
Y la vió toda la corte  
Usar astucias diversas  
Para que su regio esclavo  
Tan sólo adorara en ella:  
Pero la pasión antigua  
Triunfó de la pasión nueva,  
Y, relegada al olvido  
Con mortal indiferencia,  
En su viudez y aislamiento  
Vió con amarga tristeza  
Que la estrella de sus glorias  
Era fugitiva estrella.

Tranquila estaba una tarde  
Encantadora y serena,  
Cuando el Rey y la Padilla  
Bajo la verde arboleda  
De los frondosos jardines

Del Alcázar se recrean  
Cual amantes ruiseñores  
En lo espeso de una selva.  
Con suavísimo deleite  
Miraban jugar las prendas  
De su amor sobre la alfombra  
De menudas flores bellas;  
Tres niñas, tres querubines,  
Hermosas cual la inocencia,  
Beatriz, Isabel, Constanza,  
Ricas y cándidas perlas,  
Vidas de sus propias vidas  
Y de sus almas centellas,  
Que de tan dulces amores  
Manténían viva la hoguera.  
Tiernas palabras cruzaban  
Como sus miradas tiernas,  
Cuando un rubio pajecillo,  
De larga y riza melena,  
Vino á decir al monarca  
Que de la murciana huerta  
El Maestre don Fadrique  
Llegaba entonces de vuelta.  
Ardió en los ojos de Pedro  
Del odio la llama negra,  
Y quedóse la Padilla  
Pálida cual azucena,  
Porque sabía que el Maestre

Sentenciado á muerte era...  
 ¿Cómo advertirle el peligro?  
 ¿Cómo evitar que suceda?...  
 Alegre por sus victorias (42),  
 Y de paz el alma llena,  
 Llegó el mísero bastardo  
 De su hermano á la presencia,  
 Y recibióle don Pedro  
 Con faz dulce y halagüeña,  
 Y aun le instó á que descansara  
 Para que presto volviera...  
 ¡Ay! ¿por qué no vió el Maestre  
 La triste mirada, intensa,  
 Con que María de Padilla  
 Le rogaba que no fuera?

Cuando más tarde Fadrique  
 Tornó á la cámara regia,  
 Como horrible pesadilla  
 Escuchó la voz severa  
 Del monarca:—*Pero López,*  
*Prende al Maestre.* Y apenas  
 Tal eco vibró en la estancia,  
 Cuando, con ruda violencia,  
 —*¡Matadle, mis ballesteros!*...  
 Repitió la voz, más recia.  
 Aunque acostumbrados todos  
 Á tan crüeles escenas,

Vacilaron los verdugos  
En dar al Rey obediencia...  
—¡*Traidores!*, barbotó Pedro,  
*Matadle!*...

Rabiosas hienas,  
Roa, Juan Diente, Garci Díaz  
Y Pérez Castro se arriesgan...  
Y alzan las mazas terribles,  
Pero no fué tan depriesa  
Que el Maestro no escapara  
Al patio de las Muñecas.  
Siguiéronle los maceros,  
Y la víctima, indefensa,  
De muy cerca perseguida  
Como acorralada fiera,  
Trató de sacar la espada  
Para salvar su existencia,  
Y fué inútil... enredóse,  
Por su mal, en la correa,  
Dando lugar á que Roa  
Con asesina violencia  
Le alcanzara con su maza  
Y le derribara en tierra.  
Del árbol caído todos  
Hicieron entonces leña;  
Todas las mazas hirieron  
Aquella noble cabeza...  
La sangre del rey Alfonso

Manchó las heladas piedras,  
Menos duras que de Pedro  
Las entrañas altaneras:  
Manchas que guardó la historia  
Y que guarda la leyenda,  
Y serán de este reinado  
Mancha que jamás se pierda (43).

## IX

## BLANCA Y MARÍA

CÓMO apenan el espíritu  
Tantos cuadros luctuosos  
De horribles asesinatos,  
De violencias y de odios!  
Apenas muerto el Maestro,  
Don Juan de Aragón siguiólo;  
El mismo que juró un día  
(Ó cobarde, ó ambicioso)  
Á don Tello y don Fadrique  
Matar por traición y dolo.  
¡Éste fué su señorío  
De Vizcaya, y éste el logro  
De sus culpables empresas,  
De sus sueños revoltosos!  
Al arrojarle á la plebe  
Como despreciable lodo,

—¡*Ahí va el señor de Vizcaya!*...  
Clamó el Rey ceñudo y hosco,  
Y fueron aquellas frases  
Cual si dijera «*¡Ecce homo!*...»  
La reina Leonor, su madre,  
Y la que del matrimonio  
Los dulces lazos unían  
Con don Juan, en calabozos  
Encerradas, y sus bienes  
Confiscados, sin apoyo  
Justicia á Dios demandaban  
Contra injusticias del trono.  
¡Bien el año de las treguas  
Aprovechaba el fogoso  
Desatentado monarca,  
Cegado de sangre y polvo!  
Y aun más daños sucedieran  
Si no estallaran trastornos,  
Y fuera preciso al Rey  
Marchar de Murcia al socorro.  
Horrible guerra amagaba,  
Cuando del romano solio  
Llegara nuevo Legado,  
Discreto, activo y celoso.  
Ambiciones que no ceden  
Por no caber en el globo;  
Trabajosas condiciones  
Y convenios trabajosos.

Los deseos del Pontífice  
Y del Legado los votos,  
Por la paz de los dos reinos  
Fueron inútiles todos.  
Volvió á encenderse la guerra  
Sin ningún pretexto heróico;  
Mas antes el castellano  
Vengó de nuevo sus odios,  
Y Leonor é Isabel Lara,  
Asesinadas con tósigos,  
Aumentaron de las víctimas  
Los espectros dolorosos.  
Luchas por mar y por tierra,  
Sangre, rüinas y escombros  
Marcaron de aqueste año  
Los memorables periodos:  
Mas tan duras circunstancias  
No eran al amor estorbo,  
Que entonces la favorita  
Dió á luz al infante Alfonso;  
Y don Pedro, desarmada  
La flota, con alborozo  
Fué á buscar en Tordesillas  
Sus codiciados tesoros (44).

Entretanto don Enrique  
Y don Tello, valerosos,  
En Araviana rendían

Los defensores del trono.  
Allí pereció Hinestrosa,  
El hidalgo bueno y probo;  
Suárez de Figueroa,  
Y con ellos muchos otros.  
El efecto que en don Pedro  
Produjera este destrozo  
Fué aumentar tanto su ira,  
Que buscó, ciego de enojo,  
Cabezas en quien vengarse  
De los bastardos odiosos;  
Y como no le faltaban,  
Mostróse en venganzas pródigo.  
Así, don Juan y don Pedro,  
Los dos postreros retoños  
De aquellos tiernos amores  
De la Guzmán y de Alfonso,  
Fueron muertos en Carmona  
De una prisión en el fondo.  
¡Niños que nunca ofendieron  
Al soberano despótico! (45)  
Pedro Núñez de Guzmán  
Y Pedro Álvarez Osorio (46)  
Aumentaron de las sombras  
El número misterioso;  
Y en Aragón y Castilla,  
Doquier se volvían los ojos,  
Se hundían los pies en el fango:

¡Mas era de sangre el lodo!

Es muy valiente don Pedro,  
Mas peca en supersticioso,  
Y si desdichas le auguran  
Pronto el espíritu indómito,  
Á su temor sobrepuesto,  
Atrevido, impetuoso,  
En quien profeta se hacía  
Vengábase bien y pronto.  
Así murió un sacerdote  
Que le dijo este pronóstico:  
*«Domingo de la Calzada,  
Nuestro bendito patrono,  
En sueños me ha revelado  
Que vos guardéis, Rey católico,  
Ó moriréis á las manos  
De don Enrique ambicioso»* (47).

El fuego quemó la lengua  
Que tal dijo, y con su soplo  
El aire lanzó al espacio  
De las cenizas el polvo.  
En tanto los antes fieles  
Eran ya tan sospechosos,  
Que hasta Gutierre Toledo  
Tropezó en horrible escollo.  
Prisionero fué en Alfaro;

Pero con ánimo heróico  
Despidióse del monarca  
Con breves renglones sólo.  
—«*Guardavos, señor, decía;*  
*Vos lo ruego por vos propio:*  
*Si hacéis muchas muertes de éstas,*  
*Perdido tenéis el trono*» (48).  
Llevó el aire sus consejos,  
Prudentes como juiciosos,  
Y don Pedro de Castilla  
Siguió vengando sus odios.  
No descuidaba el Legado  
Insistir en los propósitos  
De paz, al fin consiguiendo  
Nuevos arreglos honrosos.  
Marchó don Enrique á Francia (49);  
La vida con sus tesoros  
Dió Samuel Leví (50), y don Pedro  
Tornó á Medina los ojos.  
Presas allí continuaba,  
Triste esposa sin esposo,  
Doña Blanca, y de sus penas  
Eran el consuelo sólo  
De sus tiernas devociones  
Los fervores religiosos;  
Que quien padece en la tierra  
Busca en el Cielo su apoyo.  
Mas ¡ay! poco le quedaba

De tan doliente abandono,  
Que hasta sujeta en prisiones  
Era para el Rey estorbo.

Entre celajes de fuego  
Se velaba un sol de oro,  
Y el aura movía las copas  
De los álamos y chopos.  
Como disparadas flechas,  
En dulces y alegres coros  
Cruzaban las avecillas  
Los espacios vaporosos;  
Mientras subían de la vega  
Acariciadores soplos,  
Ecos de brisas y aromas  
De los florecidos sotos.  
Hincadas ambas rodillas  
En regio reclinatorio,  
Recibiendo el postrer rayo  
De luz esplendente y rojo  
Sobre su pálida frente  
Y su demacrado rostro,  
Blanca de Borbón oraba  
Con indefinible arrobo.  
Quizá místicas dulzuras  
Sentía su espíritu absorto;  
Quizá miraba los Cielos  
Abiertos con tierno gozo,

Y que aquel Juez soberano  
Que ha de juzgarnos á todos,  
De la corona de espinas  
De su amargo desposorio  
Tejía corona de flores  
Que, con supremo alborozo,  
Para dársela, esmaltaba  
Con las perlas de su lloro.  
Giró en sus goznes de hierro  
La puerta del calabozo,  
Y el reposo de la Reina  
Turbó del Rey el encono.  
Enviábale oficiales  
Para saber cauteloso  
Si fué aquel pastor que hallara  
En los jerezanos cotos  
El que por ella le diera  
Los avisos misteriosos,  
Que eran, al par de insolentes,  
Amenazadores todos (51).  
Defendióse doña Blanca  
Con la verdad por abono,  
Y convencidos quedaron:  
Mas ¡ay! ¡que los rigurosos  
Mandatos del Rey debían  
Verse cumplidos muy pronto!  
En vano el honrado Alcaide  
Pruebas dió de valeroso,

Negándose á darle muerte  
Como sanguinario lobo.  
Don Íñigo Ortiz de Zúñiga  
Fué depuesto; y bastó sólo  
Que Juan Pérez Rebolledo  
Llegase, para que, sordo  
Á la voz de la conciencia,  
Fuese el crimen espantoso  
Otra mancha en un reinado  
Que se hallaba ya bien rojo.  
Ángel de luz, cuyas alas  
No manchó mundano polvo,  
Y á quien le prestó el martirio  
Radiante nimbo de oro,  
Pasó como flor de heno,  
Cual astro que vaga solo,  
Barca que no deja estela  
En los mares procelosos.  
¡Ay! ¿Por qué reina la hicieron?  
¿Por qué en el revuelto golfo  
De la vida halló la tumba  
Donde juzgó hallar el trono?

Poco después de Sevilla  
El Alcázar suntuoso  
Otra muerte presenciaba,  
Que causó dolor y asombro.  
Doña María de Padilla,

Aquel sol esplendoroso  
Que fué del Rey castellano  
Tesoro de los tesoros,  
Rendida á mortal dolencia,  
Expiraba en plazo corto;  
Y espantado el rey don Pedro  
Ante sus tristes despojos,  
Por primera vez acaso  
Halló en el pecho sollozos,  
En el ánimo congojas  
Y amargo llanto en los ojos.  
Y fué tan grande su pena,  
Y fué su dolor tan hondo,  
Que con él y por él tuvo  
Largo luto el reino todo (52).  
Mucho valía ciertamente  
Aquel pecho bondadoso,  
Siempre á la piedad dispuesto,  
Sin ambiciones ni dolos.  
Cuando no fué aborrecida  
Por el pueblo generoso,  
Siendo ocasión, si no causa,  
De tantos graves trastornos,  
Bien se comprende que era  
Digna del fuego amoroso,  
Que la siguió hasta el sepulcro  
Con tiernos y amantes votos.  
¿Pero qué roedor gusano

Se deslizó misterioso,  
Y el árbol de su existencia  
Heló con maligno soplo?  
¿Fué la rebelión de unos,  
Las ambiciones de otros,  
Ó la sangre que empapaba  
Las regias gradas del trono?  
¿Presentimientos crüeles,  
Ú punzadores sonrojos?...  
Dios lo sabe; su secreto  
Llevó de la tumba al fondo.

## X

## EL REY BERMEJO

SOLO, triste y afligido,  
Como el que siente á la vez  
Juntos la tierra y el cielo  
Desplomarse sobre él,  
Quedó el regio castellano  
Cuando, perdido su bien,  
Enlutados horizontes  
Tan sólo alcanzaba á ver.  
En su corazón luchaban  
La amargura y la altivez,  
El rencor á los bastardos  
Como venenosa hiel,  
Y el eterno afán de luchas  
Para alcanzar gloria y prez.  
Así el ánimo dispuesto,  
Era poco menester

Para lanzar á campaña  
Á tan belicoso Rey.  
Presentóse la ocasión  
Al demandarle Mohamed  
Su favor contra Abu Said,  
Que, asesinando á Ismael (53),  
Con el reino granadino  
Se alzó, pretendiendo hacer  
Suya la preciada joya  
De la musulmana fe.  
Acudió presto don Pedro,  
Ansiando vengar también  
Intenciones de Abu Said  
De guerrear contra él.  
En Ronda se le reunió  
El destronado Mohamed,  
Corriendo entrambos la Sierra  
Con guerrera intrepidez.  
Estrecho cerco pusieron  
Á Antequera, y sin poder  
Rendirla, en otros lugares  
Vengaron el sitio aquel (54).  
Arrogante el Rey Bermejo  
Hacia los cristianos fué,  
Y en la llanura tuvieron  
Un encuentro tan crüel,  
Que el monarca granadino,  
La ruda batalla al ver,

Rogó á don Pedro dejara  
La empresa, y con sencillez  
Heróica—*Señor*, le dijo,  
*Cesad el daño que hacéis;*  
*Más quiero vivir sin reino,*  
*Que causa de males ser;*  
*Si quiere Alhá que lo tenga,*  
*Que Él solo reino me dé* (55).  
Á tan hidalgas razones  
Pronto el monarca en ceder,  
Volvióse para Sevilla,  
Y á Ronda marchó Mohamed:  
Mas los caudillos cristianos,  
Continuando en hacer  
Armas contra el enemigo,  
Si la fortuna les fué  
Ventajosa en ocasiones,  
Contraria les fué también.  
Á la orilla del río Farces  
Vínoles á acometer  
En una atrevida algara  
El Rey Bermejo una vez;  
Y luchó con tanto brío,  
Que consiguieron vencer  
Los sectarios de Mahoma  
Á los hijos de la Fe.  
Tocóle á Diego Padilla  
Allí cautivo caer,

Con otros nobles caudillos  
Y guerreros de gran prez:  
Mas no fué su cautiverio  
Como pudieron temer;  
Que Abu Said, generoso,  
Diplomático y cortés,  
Queriendo del castellano  
La voluntad atraer,  
Devolvió los prisioneros  
Con tan regia esplendidez,  
Que ricas joyas llevaron  
Á la corte de su Rey.

Mala suerte va siguiendo  
Al vencedor de Ismael;  
Grandezas que logra el crimen,  
¡Cuán frágiles suelen ser!  
Sus más adictos parciales  
Se van alejando de él,  
Y abandonan el Alcázar  
Con altanero desdén.  
No halla terreno seguro  
Do poder fijar los pies;  
Lazos recela el cuitado,  
Y quizá recela bien.  
En Málaga ya proclaman  
Al destronado Mohamed,  
Y se oyen por él alegres

Los instrumentos tañer.  
Aborrecido de todos,  
Acaso por justa ley,  
¿Qué hará? ¿Cómo de la muerte  
Se logrará precaver?  
Un aciago pensamiento,  
Que juzgó con sencillez  
Su faro de salvación,  
Su esperanza y su sostén,  
Le hizo marchar á Sevilla,  
Llevándose á par de él  
Muchos nobles caballeros  
Que regia escolta le den.  
Sus más preciados tesoros,  
Sus joyas de más valer,  
En aquel triste viaje  
Llevó consigo también.  
¡Quién sabe si fueron ellos  
Los que le hicieron perder  
La existencia, despertando  
En don Pedro el interés!

Recibido y alhagado  
Por el castellano Rey,  
Creyó Abu Said seguro  
Su valimiento y poder:  
Mas pronto sus ilusiones  
Se perdieron de una vez;

Que, preso traidoramente (56),  
Y al par su lucida grey,  
En el campo de Tablada  
Se le vió dos días después  
Vestido de un rojo sayo  
Que emblema de afrenta fué;  
Y en vez de oprimir la silla  
De su arrogante corcel,  
En un asno caballero,  
Humillada su altivez.  
Mas cuando ya no juzgaba  
Pudiera más padecer,  
Hirió su desnudo pecho  
Lanza certera y crüel,  
Con que el mismo soberano,  
En su vengativa sed,  
— *Toma, exclamaba, en recuerdo  
De que me hiciste facer  
Harto mala pleitesta  
Con el de Aragón; y á fe  
Que si Ariza se perdió,  
Tú me la hiciste perder* (57).  
— *¡Oh, Pedro!* respondió entonces  
El alanceado infiel;  
*¡Qué torpe triunfo has logrado  
Del que vino á tu merced!* (58)  
Fueron las últimas frases  
Que pudieronle entender;

¡La flor de sus caballeros  
Allí pereció con él!  
. . . . .  
La nueva de aquella muerte  
Llegó en Málaga á Mohamed,  
Y si pudo de ella holgarse  
Porque de enemigo fué,  
El rudo modo de hacerla  
Le hizo al par estremecer,  
Porque á don Pedro acusaba  
De crueldad y de doblez.  
Otras cortes en Sevilla  
Convoca á este tiempo el Rey,  
Pues graves declaraciones  
En ellas pretende hacer.  
Y á la verdad ¡cuán extraño  
Á la española honradez  
Lo que su señor decía  
Debió á todos parecer!  
El que á Blanca de Borbón  
Diera su mano y su fe,  
Y luego á Juana de Castro  
Hace su esposa también,  
De doña María Padilla  
Al lamentar la viudez,  
Dice que ha sido *su sola*  
Y *legítima mujer*.  
Por testigos del enlace

Les presenta el Canciller  
Del sello de puridad  
Que representa la ley;  
Á don Juan Pérez de Orduña,  
Que es abad de Santander  
Y su capellán mayor;  
Diego Padilla, que es  
De la favorita hermano,  
Y un *muerto*, que viene á ser  
Juan Fernández de Hinestrosa,  
Que en la batalla crüel  
De Araviana perociera  
Con valerosa altivez.

Si fueron ciertas las bodas,  
Sólo Dios lo ha de saber;  
De tal hecho quedó siempre  
Recelos de que no fué.  
Lo afirmaron, sin embargo,  
Con serena intrepidez,  
Sobre el libro de Evangelios,  
Que es el libro de la Fe,  
Los testigos expresados;  
Pronunciándose después  
Por don Gómez de Manrique (59)  
Largo discurso también,  
Para probar la verdad  
De las palabras del Rey.

¿Selló los labios el miedo,  
Ó los selló el interés?  
El caso fué que ninguno  
Protestó del hecho aquel,  
Y promulgada y votada  
Quedó al momento una ley  
Por quien los hijos de Pedro  
Sucesores fueran de él.  
Doña María de Padilla,  
Por justicia ó por merced,  
Como reina declarada  
Reconocióse después.  
¡Tardía compensación  
Para la pobre mujer!  
¡Reinar después de morir,  
Qué triste reinado es! (6o)

## XI

## LA BATALLA DE NÁJERA

GUERRAS siempre, turbulencias,  
Escándalos y castigos,  
Pasajeras alianzas,  
Odios cada vez más vivos;  
Aragón contra Castilla  
En un combate continuo;  
Los cristianos destrozados,  
Los musulmanes tranquilos.  
Los bastardos ambiciosos,  
Acrecentando sus bríos  
En las luchas y revueltas  
Que provocan atrevidos,  
Acometiendo las villas,  
Hacen en sus señoríos,  
De cada pueblo una plaza,  
De cada peña un castillo.

Murió entonces de don Pedro  
El único y tierno niño;  
Aquel Alfonso que fuera  
Con tal placer recibido:  
Y este dolor sobre tantos,  
En vez de abatir su espíritu,  
Hizo al Rey mucho más fuerte  
Al luchar con enemigos.  
La defección del navarro (61)  
No amilanó su heroísmo:  
Siguió la guerra, venciendo  
Á veces, viendo perdidos  
En otras villas, ciudades,  
Lugares, valles y riscos,  
Cada vez más alentado  
Y cada vez más sombrío.  
Pero cansábase el Cielo  
De estériles sacrificios,  
De tanta venganza injusta,  
De rencores tan continuos:  
Cansábase, sobre todo,  
De que fueran fratricidios  
Los combates empezados  
Por intereses mezquinos;  
Y ya el fiel de la balanza  
Del Juez Eterno y Altísimo  
Se inclinaba lentamente  
Al peso de los delitos.

Una hueste aterradora,  
Penetrando de improviso  
De Aragón por las fronteras  
Como desbordado río,  
Se extendió por las Castillas,  
Llenándolas de enemigos  
Que *vengadores de Blanca*  
Ostentaban como título (62).  
De la nobleza de Francia  
Los jóvenes, atraídos  
Por esta voz, á la lucha  
Se dispusieron solícitos;  
Y como se apresurara  
El bastardo á recibirlos,  
Halló engrosadas sus huestes  
Con valerosos caudillos.  
De las *grandes compañías* (63)  
Que eran de Francia castigo,  
Compuestas de malandrines,  
De vagos y de asesinos,  
Pensó formar un ejército,  
Y cual lo pensó lo hizo (64),  
Del que fué Beltrán Duguesclin  
El capitán más activo:  
Y con artera emboscada  
Arrancando al Papa auxilios (65),  
Arrogante y ambicioso  
Para Castilla se vino.

No como rebelde sólo,  
Como rival atrevido  
Retaba ya don Enrique  
Al heredero legítimo.  
Cauteloso aprovechaba  
Descontentos é insumisos,  
Para aumentar sus soldados,  
Al recorrer los caminos.  
Sus hermanos Sancho y Tello  
Partían con él los peligros,  
Y á la par se repartían  
Exacciones y subsidios.  
Pero la firme columna  
De aquellos allegadizos  
Era don Beltrán Duguesclin,  
El jeje doquier temido,  
Hércules en lo forzado,  
En la dureza granito,  
En la ambición como águila,  
En la piedad como risco;  
Del Conde de Trastamara  
Fiel aliado y amigo,  
Dispuesto á servirle siempre  
De conciencia y de cuchillo.  
¡Desdichada fué la hora  
Que, con el bastardo unido,  
Pisó tierras de Castilla  
Aquel temible enemigo!

*¡Real, real por don Enrique!...*

Proclaman á voz en grito  
En Calahorra soldados,  
Nobles, damas y caudillos.  
Riegan las calles de flores,  
Vibran cánticos é himnos,  
Y de gracias y mercedes  
Colma Enrique á sus amigos.  
Desde aquel nefasto día  
Fué de Castilla el destino,  
Tener á la par dos Reyes...  
¡Dos hermanos, y enemigos!...  
En Burgos se hallaba Pedro,  
Y, al saber lo sucedido,  
En vez de airado sintióse  
Helado, inerte, inactivo.  
¿Qué temor supersticioso,  
Qué pensamiento escondido,  
Aniquiló en un instante  
Su belicoso heroísmo?  
Proposiciones le hicieron  
Los nobles más distinguidos (66)  
Para que las compañías  
Vinieran á su servicio.  
Negóse el monarca á ello,  
Inquieto, mudo, sombrío;  
Y cuando le suplicaban  
Diese á tan grave conflicto

Solución, indiferente  
Á sus palabras, les dijo.  
—*Faced cual mejor pudiéredes;*  
*Esto vos mando y confío* (67).  
Y desoyendo los ruegos  
De sus más fieles adictos,  
Salió de Burgos, dejando  
En eminente peligro  
La ciudad que de Castilla  
Era joyel exquisito.

En tanto los burgaleses,  
Relevados por el mismo  
Monarca del juramento  
De fidelidad, venido  
El bastardo, le acogieron  
Con públicos regocijos.  
Del convento de las Huelgas  
En el sagrado recinto  
Se coronó don Enrique  
Con aparato magnífico;  
Y concedió tantas gracias,  
Y tales mercedes hizo,  
Que *Enrique el de las mercedes*  
Fué de entonces su apellido.

Sembrando siempre su paso  
De aterradores castigos (68),

Ganaba mientras don Pedro  
Á Sevilla fugitivo.  
Ya en ella, supo que Enrique  
Como triunfador altivo  
En Toledo penetraba,  
Siendo allí bien recibido.  
En situación tan difícil  
Socorro pidió á su tío (69);  
Mas con amargo despecho  
Le halló débil, indeciso:  
Y, por último, llegando  
Á descortés y atrevido,  
Rehusó de Beatriz las bodas  
Con el Príncipe su hijo (70);  
Bodas por él pretendidas,  
Cuyos tratos, concluídos,  
De leales amistades  
Eran hermosos auspicios.  
¡Oh! tan crüel desengaño  
Hirió á Pedro en lo más vivo,  
Y el ultraje de su Infanta  
Vengar hubiera querido:  
Mas al saber que el bastardo,  
Creciendo su audacia y bríos,  
Hacia la perla del Betis  
Enderezaba el camino,  
Al querer marchar de ella  
Solo, como fugitivo,

Fué expulsado por el pueblo,  
Alborotado, insumiso,  
Que sospechaba alianzas  
De su Rey con los moriscos.  
Al fin, con sus hijas, pudo  
Ganar la orilla del río  
Y ampararse en una nave  
Con pocos fieles amigos.  
Martín Yáñez sus tesoros  
Llevaba en otro navío;  
Pero Gil de Bocanegra  
Robó el depósito rico:  
Y sin huestes ni caudales,  
Mesnadas ni señoríos,  
En las tierras de Galicia  
Encontró don Pedro asilo:  
Que allí Fernando de Castro,  
Con extraña lealtad, quiso  
Ser sólo quien defendiese  
De su señor los dominios.

Bien cuadra á Carlos el Malo (71)  
Tal apodo, pues, maligno  
Y siempre traidor, engaña  
Con juramentos sacrílegos.  
Sobre el Sacramento ofrece  
Favor á las dos partidos,  
Y tan contrarios favores,

Que son afrenta de él mismo (72).  
Presentábase entretanto  
Á don Pedro un noble amigo (73),  
Que viendo de don Enrique  
El creciente poderío,  
Lleno de dolor y enojo,  
Así á sus barones dijo:  
—*Dejar que un bastardo arroje  
De su trono al Rey legítimo,  
Mal ejemplo es para tronos,  
Y no puedo consentirlo* (74).  
Y aliándose á don Pedro  
Por sentimientos tan dignos,  
Hizo su causa la suya,  
Sus huestes del Rey las hizo;  
Y juntando grueso ejército  
Para tan noble servicio,  
Vino á reunirse al monarca,  
Valeroso y decidido.  
Era el *Príncipe de Gales*,  
Del Rey de Inglaterra hijo,  
Llamado el *Príncipe Negro*  
Por el color del vestido:  
Que era negra su armadura,  
Y negro el plumero rico,  
Y negro como la noche  
Su noble corcel altivo.  
Espejo de caballeros

Y capitán entendido,  
El de la magnas empresas,  
El de los marciales bríos,  
Tan cortés como valiente,  
Tan honrado como digno,  
Azote de los soberbios,  
Amparo de los vencidos,  
Flor, en fin, de campeones  
Y terror de vengativos,  
Al aliarse á don Pedro  
No supo lo que se hizo (75).  
Sus repetidas traiciones  
Y tenebrosos designios  
Coronó Carlos el Malo  
Con un cobarde delito:  
Fingiéndose prisionero,  
Dió paso á los enemigos  
Del bastardo, y Roncesvalles  
Les abrió fácil camino:  
Hubo parciales encuentros,  
Hubo combates activos,  
Y por fin los dos ejércitos,  
En Nájera detenidos,  
Tomaron sus posiciones,  
Previniendo sus recintos.  
¡De luchar había llegado  
El momento decisivo!

Abril esmalta los valles (76)  
Con verde tapiz florido;  
Palpita el aura en las hojas,  
Tiemblan las ondas del río;  
La luz en rayos de oro  
Esparce fugaces brillos  
Sobre mallas aceradas  
Y sobre yelmos bruñidos.  
Picas, alabardas, flechas,  
Airones y pendoncillos  
Arrancan del sol naciente  
Relámpagos fugitivos.  
De los marciales clarines  
Se oyen bélicos sonidos,  
Y de corceles de guerra  
Los ardorosos relinchos.  
Bulle agitado y se afana  
En la llanura y los riscos  
Un pueblo de combatientes  
Indiferente al peligro.  
La roja Cruz de San Jorge  
Llevan como distintivo  
En las blancas sobrevestas  
De don Pedro los amigos;  
Mientras los de Trastámara  
El cuerpo tienen ceñido  
Con doradas bandas ricas  
Como destellos flamígeros.

La vanguardia de don Pedro  
Mandan con seguro tino  
Lancáster (77) y Juan Chandós (78),  
Valientes como atrevidos.  
Desde el centro, vigilando  
El ataque decisivo,  
El Rey y el Príncipe Negro  
Dan órdenes de continuo.  
Mucho ha luchado el bastardo,  
Esforzándose á sí mismo,  
Para llegar al terreno  
Do su ambición le ha traído.  
Juega la vida y corona;  
Mas se muestra tan altivo,  
Que al dejar del Najerilla  
El poco seguro abrigo,  
Viéndole el Príncipe Negro,  
Á sus compañeros dijo:  
—¡Por San Jorge! ¡Este bastardo  
Es un valiente enemigo!

La señal de acometida  
Rasga el aire de improviso,  
Y en un choque formidable  
Se ven todos confundidos.  
Con emoción verdadera  
Y con anhelo del triunfo,  
Antes de empezar la lucha,

Á su aliado y amigo  
(Á quien armar caballero  
El Príncipe había querido),  
Mirándole fijamente,  
Dijo el valiente caudillo:  
—*Ahora veremos, Señor,*  
*Cuál va á ser vuestro destino:*  
*Si ser de Castilla rey,*  
*Ó nada ser...*

Y atrevido,  
«¡Guerra! ¡San Jorge!» gritando,  
Se arroja ardiente, magnífico,  
Abriéndose con la espada  
Ancho y terrible camino.

En tanto crece el estrago  
Con aterrador bullicio,  
El hierro machaca el hierro,  
Al grito responde el grito,  
Abolla el arnés la maza,  
Caen á los agudos filos,  
Revueltos, bandas, escudos,  
Cimeras y pendoncillos.  
El caudal del Najerilla  
En roja sangre va tinto,  
Y el verde musgo del prado  
Se ve de rojo teñido.  
Embriagadora es la guerra,

Como embriagador el vino;  
 Así, está cubierto el campo  
 De cadáveres y heridos.  
 Del ejército de Enrique,  
 Su hermano Tello, indeciso,  
 Dirigiendo el ala izquierda,  
 Ó cobarde, ó aturdido,  
 Retrocede... cae don Sancho  
 Al mismo tiempo cautivo;  
 Y aunque el bastardo, exponiendo  
 La vida, proezas hizo,  
 Y el bretón Beltrán Duguesclin  
 Aterrased al enemigo...  
 Perdida fué la batalla...  
 Y don Enrique, perdido,  
 Huyó á caballo, dejando  
 Á su animoso caudillo  
 Del buen Príncipe de Gales  
 Prisionero, no vencido (79).

Cuando, terminada aquella  
 Sangrienta hecatombe, quiso  
 Saber el Príncipe Negro  
 Si era completo su triunfo,  
 —¿Murió en la lid el bastardo,  
 Ó fué preso?... ansioso dijo;  
 Y respondieronle al punto:  
 —Ni preso ni muerto ha sido.

Inclinó al suelo la frente,  
Soñador y pensativo,  
Y murmuró con tristeza:  
—*Pues, entonces, nada hicimos* (80).

## XII

## SOLO OTRA VEZ

T RISTES páginas, marcadas  
En el libro de la historia  
Con tan pertinaces luchas,  
Con disensiones tan hondas;  
Jornadas del rey don Pedro,  
Sangrientas, impetuosas,  
De pérdidas unas veces  
Y otras veces de victorias!  
De venganzas é injusticias  
Triste ejército de sombras,  
Que aparecéis por doquiera  
Rudas y amenazadoras;  
¿Quién vuestro número sabe,  
Si es inmenso cual las olas,  
Que unas á otras se atropellan  
Para estrellarse en las rocas?

Las primeras disensiones,  
Que, graves, lentas y sordas,  
Antes de estallar en rayos  
Negras nubes amontonan,  
Son del monarca don Pedro  
Faltas de fe ó de memoria  
En cumplir tratos que hizo  
Con las huestes vencedoras.  
Ni da al Príncipe de Gales  
Con que sustentar sus tropas;  
Y mientras finge entregarle  
Lo que por suyo le abona... (81)  
Y al valiente Juan Chandós  
Al par la ciudad de Soria,  
Secretamente procura,  
De manera poco honrosa,  
Impedir tomen los bienes  
Que por suyos avaloran.  
Demandas y más demandas,  
Zozobras y más zozobras,  
Reticencias... tratos nuevos,  
Que más al Príncipe enojan;  
Luchar por salvar las víctimas  
De la postrera derrota,  
La indulgencia del de Gales  
Con la saña vengadora  
De don Pedro, van juntando  
Tan grave y pesada sombra,

Que el horizonte ennegrece,  
Y al fin la tormenta forma.  
Pena da seguir al Rey  
En su marcha destructora,  
Que el reino reconquistado  
En horrible yermo torna;  
Pena da verle iracundo  
Segar de una vez en Córdoba  
Dieciséis nobles cabezas,  
Presas en nocturna ronda (82);  
Pena da cuando en Sevilla  
Prosigue su injusta cólera  
En Micer Gil Bocanegra,  
Que robó tesoro y joyas  
Á Martín Yáñez, y á éste  
Pagar con muerte afrentosa  
No defender las riquezas  
Puestas bajo su custodia.  
Don Juan Ponce de León,  
De ilustre y buena memoria,  
Y doña Urraca de Ossorio,  
La dama santa y heróica,  
Sufrieron duro suplicio:  
Y no fueron éstas solas  
Las muertes que ensangrentaron  
Época tan desastrosa.  
¿Qué extraño que, arrepentido  
De su compasiva obra,

Se retirase el de Gales  
De las tierras españolas,  
Llevando sus compañías  
Diezmadas, hambrientas, rotas,  
Sin compensación ninguna  
De riquezas ni de gloria?

Entretanto don Enrique,  
Como la hidra, que brota  
Una cabeza de cada  
Cabeza que se le corta,  
Por el de Anjou recibido  
De manera generosa,  
Hizo en Francia acopios nuevos  
De pertrechos y de tropas.  
La retirada del Príncipe  
Animó su ambición loca,  
Y más creció la esperanza  
Que en su corazón desborda  
Al saber que, resentidos,  
Ó cobardes, abandonan  
Á su hermano muchos nobles  
Que ciñen armas gloriosas.  
Y más se alegra sabiendo  
Que don Pedro se trastorna,  
Y su cólera y crueldades  
Odios feroces provocan.  
Con nuevas tan lisonjeras,

Y al par tan consoladoras,  
Tornó el bastardo á la lucha  
Para alcanzar la corona.  
Y poniéndose en camino  
Con marcha entusiasta y pronta,  
Cuando tierras de Castilla  
Pisó, refieren las crónicas  
Que se apeó del caballo  
Y entrambas rodillas dobla;  
Y trazando con la espada  
Sobre la tierra arenosa  
Una cruz, llegóse á ella  
Y humildemente besóla.  
—*Juro*, dijo al mismo tiempo,  
*Por aquella que ésta copia*  
*Que por menester que haya,*  
*Ni con suerte ni en derrota,*  
*Dejaré más este suelo,*  
*Que es el sueño de mis glorias* (83):  
Y con tan firmes palabras  
Asegurando á sus tropas  
No las abandonaría  
Del castellano á la cólera,  
Tornó á montar á caballo  
Y prosiguió sin demora  
Á encontrar seiscientas lanzas  
Que estaban en Calahorra.  
Burgos volvió á recibirle

Con distinciones honrosas,  
Y también por el bastardo  
Pendones levantó Córdoba:  
Y sitiando y rindiendo,  
Cual rayo que todo arrolla,  
Las villas que por su hermano  
Se sostenían orgullosas,  
Antes de los cuatro meses  
De esta guerra asoladora  
Casi la mitad del reino  
Con ser de Enrique se honra.  
León, Asturias entera,  
Y Vizcaya y Guipuzcoa,  
Al nuevo señor rendidas,  
Sus alabanzas entonan.

¿Qué hacía don Pedro entretanto  
Que la marcha victoriosa  
Del bastardo le robaba  
Perla á perla su corona?  
Desamparado de todos  
Cuantos príncipes blasonan  
De cristianos caballeros;  
Vencido por la afrentosa  
Necesidad de socorro  
Contra la hueste invasora;  
Auxilio pidió de nuevo  
Á los hijos de Mahoma.

Dióselo el Rey granadino  
De manera franca y pronta,  
Y juntos pusieron sitio  
Á la rica y noble Córdoba:  
Y hubieran allí triunfado,  
Para baldón de la honra  
De Castilla, si las damas  
Y doncellas, animosas,  
Tendidas las cabelleras,  
Que al viento esparcidas flotan,  
Con lágrimas en los ojos  
Y suspiros en la boca,  
De sus bravos defensores  
No reanimaran la heroica  
Resolución, hasta hacerles  
Luchar de tan valerosa  
Manera, que, triunfadores  
De las enemigas tropas,  
La ciudad de los Califas  
Ciñó laurel de victoria (84).

¡Cómo se ensaña la suerte,  
Á los males ciega y sorda,  
Cuando llega del castigo  
De Dios la temida hora!  
¡Cómo la rojiza tea  
De la sangrienta discordia  
Prendiendo va en todas partes

Sus llamas abrasadoras!  
Si Toledo bien resiste,  
Bien el bastardo la acosa;  
Que cuanto más dura el sitio,  
Hambre y trabajos afrontan.  
Junta don Pedro con prisa  
Sus escasas huestes todas,  
Para amparar á Toledo  
En sus leales congojas.  
¿Por qué Fernando de Castro,  
Que antiguos agravios llora (85),  
Es siempre de aquellos fieles  
Que al monarca no abandonan?  
¡Misterios de la conciencia,  
Tan llena siempre de sombras;  
Rayo de luz, entre ellas,  
Puro como luz de auroral!

Para cortar el camino  
Que el Rey de Castilla toma,  
Sin quitar el cerco, Enrique  
Con algunas fuerzas forma  
Un ejército lucido,  
Que por el camino engrosan  
Las mesnadas de Duguesclin,  
Ardientes, devastadoras.  
¡Cuánto celebra el bastardo  
Que vuelva el bretón! ¡Qué gloria

Para él tenerle consigo  
En tan apremiantes horas!  
Ignoradas sendas cruzan,  
Breñales espesos rozan;  
En Orgaz sientan el campo,  
Y al fin el camino cortan.  
De Montiel en el castillo  
Pedro, que todo lo ignora,  
Se encuentra con los Consejos  
De Sevilla y de Carmona.  
En cambio el bastardo sabe  
Del Rey las acciones todas;  
Que tiene entre los contrarios  
Inteligencias traidoras.  
Y así, forzando las marchas,  
Porque el tiempo les importa,  
Al castillo de Montiel  
Llega naciendo la aurora.

## XIII

## LA EMBOSCADA

TAN obscura está la noche  
Como obscuro el corazón,  
Que negras dudas invaden  
Con su aliento asolador.  
Cruzan las nubes el cielo  
Cual fantástica legión,  
Y ni de una estrella luce  
El pálido resplandor,  
Cuando del fuerte castillo  
De Montiel, que rodeó  
Con alto cerco de piedras  
De don Enrique el rencor,  
Sin rechinar en sus goznes  
Una poterna se abrió,  
Y dos hombres, cual fantasmas,  
Salieron con precaución.

Era uno el rey don Pedro,  
Y otro un hidalgo de pro;  
Men Rodríguez de Sanabria,  
Siervo fiel de su señor.  
¿Dónde iban? ¿Por qué marchaban  
El uno del otro en pos,  
Silenciosos, precavidos  
Del mas ligero rumor?

Después del postrer combate,  
Que don Enrique ganó (86),  
Como fiera acorralada  
Por una jauría feroz  
Quedó el regio castellano  
En Montiel, como en prisión;  
Tan cercado de enemigos,  
Que, á pesar de su valor,  
Sintió tristezas de muerte,  
Y de tal modo sintió,  
Que la humillada soberbia  
Le rasgaba el corazón.  
Men Rodríguez de Sanabria  
Viendo, lleno de dolor,  
Tan afflictiva y tan grave  
De su Rey la situación,  
Sacarle quiso de ella,  
Y en mal hora recordó  
Que un día fué prisionero

Del caballero bretón.  
Á pedirle una entrevista,  
Al fin, se determinó;  
Accedió Beltrán á ella,  
Y, al implorar su favor  
Para salvar á don Pedro,  
Aunque mucho le ofreció,  
Negóse á todo el francés  
Con firme resolución.  
Insistiendo Men Rodríguez,  
Duguesclín le prometió  
Consultarlo y responderle:  
Mas, traicionando el honor,  
Apenas el caballero  
Para Montiel se partió,  
De los tratos y promesas  
Dió fiel cuenta á su señor,  
Y una celada alevosa,  
Lazo de infame traición,  
Al desdichado don Pedro  
Tendieron entre los dos.

Suspicaç como era el Rey,  
¿Por qué nada sospechó?  
¿Por qué ni un punto siquiera  
Sintió flaqueza ó temor?  
¿Por qué del sangriento lobo,  
Que tanto le persiguió,

No dudó en tales momentos  
El hostigado león?

Confiado en las promesas  
Del caballero traidor,  
En la tienda de Duguesclin  
El monarca penetró.  
Men Rodríguez le seguía  
Febril, trémulo y sin voz;  
Y más creció su amargura  
Y más creció su temor  
Cuando del bravo don Pedro  
El rudo acento escuchó  
Con que á Duguesclín decía,  
Lleno de nuevo vigor:  
—*Partamos, pues, don Beltrán...*  
Mas nadie le contestó...  
Receloso del silencio,  
Miró á su alrededor,  
Y al bastardo don Enrique  
Frente á frente se encontró.  
—*Manténgavos Dios, hermano...*  
Dijo el Conde, y á esta voz,  
Ciego de cólera el Rey,  
En su justa indignación,  
Torpe y balbuciente el labio,  
Que horrible risa entreabrió,  
Sólo contestarle pudo:

—¿Estabais aquí, traidor?...

Lanzando rayos los ojos

Y rayos el corazón,

Y lívidos los semblantes,

Que desfigura el rencor,

Un instante, que fué un siglo,

Contempláronse los dos...

¡El hijo de los desprecios,

Y el hijo de la ambición!...

. . . . .

. . . . .

Luego... cual hircanos tigres,

Se abrazan con tal furor,

Que puso espanto en el alma

De quien tal lucha miró.

Brilló de puñal y daga

El siniestro resplandor;

Y, faltándoles la tierra

En aquel combate atroz,

Al caer, siempre enlazados,

Debajo Enrique cayó...

Entonces Beltrán Duguesclin,

El miserable bretón,

Su pasada felonía

Con otra más coronó:

Pues, acercándose á ellos

Con fría resolución,

Dió vuelta al horrible grupo,

Olvidado del honor,  
Murmurando a estas frases,  
Que la historia recogió:  
*«Ni quito ni pongo rey...  
Pero ayudo á mi señor...»* (87)

¡Ay! la daga del bastardo,  
Certera, fuerte y veloz,  
En el pecho de don Pedro  
Por muchas veces se hundi6;  
Y con las olas de sangre  
Del rasgado corazón,  
¡El alma vol6 á rendir  
Estrechas cuentas á Dios!...

Tal fué el pedestal sangriento  
En que el bastardo se alz6  
Para llegar hasta el trono  
De Castilla y de León.

## XIV

## CONCLUSIÓN

EN el fondo de la cripta (88),  
De una tumba en la estrechez,  
Hoy de Fadrique y de Pedro  
Los restos juntos se ven;  
La víctima, y el verdugo  
Que en los campos de Montiel  
Bajo puñal fratricida  
Fuera víctima también:  
Y acaso en la obscura sombra  
De su eterna lobreguez  
Hace á los huesos la ira  
Ó el rencor estremecer;  
Que los que en vida se odiaron  
Con tan enconada hiel,  
Ni aun en la paz del sepulcro  
Podrán tranquilos yacer.

. . . . .

¡Triste reinado, en verdad,  
El del castellano fué!  
Mas ¿por culpa de su siglo,  
Ó por la culpa del Rey?  
Para dar á este monarca  
El dictado de *crüel*,  
Désele al *Ceremonioso*  
Y al de Portugal también.  
De iguales culpas culpados  
La historia muestra á los tres;  
Y si es imparcial la historia,  
Culpables debieron ser.  
Los tres segaron cabezas  
Como segador la mies;  
Y es que la ley del capricho  
Era la *suprema ley*.  
Mas el portugués no tiene,  
Ni tiene el aragonés,  
La disculpa de ser frutos  
De soberbia y de desdén.  
Desdichado fué don Pedro  
En su herencia y su poder;  
Que infamias y rebeldías  
Halló siempre en torno de él.  
Si le aquejó de continuo  
De los amores la sed,  
Aunque *muchos* procuró,  
*Amó* tan sólo *una vez*.

*«Gran sofridor de trabajos»* (89)

Dice la historia que fué:  
Para que ella los consigne,  
Muy grandes debieron ser.  
Bravo fué como león,  
Y su arrogante altivez  
Ni se rindió con las luchas,  
Ni jamás supo temer.  
Acaso por esto sólo  
Guarda su recuerdo fiel  
El pueblo, que se apasiona  
De lo bravo y lo cortés.  
Sevilla, que era su encanto,  
Sus delicias y su edén,  
Viejas tradiciones guarda  
En cada piedra de él:  
Tradiciones conservadas  
De los siglos á través,  
Del monarca legendario  
Y simpático á la vez.  
¡Perdónele Dios su vida  
Por la muerte tan crüel  
Con que traición alevosa  
El lazo tendió á sus pies!  
¡Y duerman en paz sus restos  
De una tumba en la estrechez,  
Do renueva con Fadrique  
El abrazo de Montiel!



# NOTAS



## NOTAS

1. El rey Alfonso XI, casado en 1328 con doña María de Portugal, conoció en 1330 á D.<sup>a</sup> Leonor de Guzmán, hija de D. Pedro Núñez de Guzmán y de D.<sup>a</sup> Beatriz Ponce de León, «muy *fijadalgo*», dice la Crónica, y «*la más apuesta muger que avía en el Regno.*» Tenía diecinueve años, dos más que el Rey, y era viuda de D. Juan Velasco. El primer fruto de de estas amorosas relaciones fué un hijo, que nació en Valladolid en 1331, á quien se le puso por nombre Pedro, dándole por mayordomo á D. Alfonso Fernández Coronel. (Lafuente.—*Historia de España.*)

2. Casi al mismo tiempo que Fernando, el primer hijo legítimo del Rey, le nació otro de la Guzmán; y antes que viniera al mundo D. Pedro (Agosto de 1334), D.<sup>a</sup> Leonor dió á luz dos gemelos, que se llamaron Fadrique y Enrique. (Id., id.)

3. Id., id.

4. El rey de Granada Mohamed IV quitó por sorpresa á los cristianos la plaza de Gibraltar, si no por descuido ó cobardía de su gobernador Vasco Pérez de Miera, recobrando también á Marbella, Ronda y Algeciras. Pero el nuevo rey de Marruecos Abul Hazán pasó con sus africanos el Estrecho, y quitó la plaza á los granadinos. Mucho lo sintió Mohamed; mas no atreviéndose á luchar con tan poderoso enemigo, disimuló y aun le escribió aparentando ceder lo que por fuerza le quitaban. Pero volviendo los cristianos con grandes fuerzas sobre Gibraltar, llave de toda Audalucía, Mohamed acudió con sus granadinos, peleando en unión de Abul Hazán hasta que les obligó á levantar el cerco. Mas como orgulloso del triunfo se burlara Mohamed de los africanos, éstos le asesinaron, recayendo la corona en Yusuf, que se apresuró á enviar cartas y mensajeros á Sevilla para negociar paces con los cristianos. (Conde.—Parte IV, *Crónica del rey D. Alfonso*, caps. CXIV al CXXX.)

5. Hábiale rogado mucho Alfonso XI que fuera á encontrarle á Toro; recelaba D. Juan, y puso condiciones; entre otras, que no estuviera con el Rey Garcilaso de la Vega, de quien desconfiaba. Ofreciósele que no estaría, y se le envió un salvoconducto; pero, apenas llegado, cuando acudió al Alcázar al siguiente día, por estar convidado á comer, fué asaltado y dado de puñaladas de orden del Rey, juntamente con los dos caballeros que le acompañaban. (31 de Octubre de 1326.)

6. Quien desee conocer pormenores de estas con-

tiendas civiles, puede verlos en la citada *Crónica de Alfonso XI*.

7. Determinó pedir acomodamiento y venirse á merced del Rey. (Lafuente.—*Historia de España*.)

8. En la primavera de 1339 alarmaron á toda la España cristiana los inmensos preparativos que hacía el rey de Fez y Marruecos Abul Hazán para invadir la Península, con el orgulloso designio de atarla otra vez al yugo africano. (Id., id.)

9. Los Reyes de Aragón y Castilla convinieron en enviar cada uno una flota al Estrecho. (Id., id.)

10. Perdióse la flota castellana delante de Gibraltar, á causa de un arranque de pundonor de su almirante Jofre de Tenorio, más loable que provechoso y útil. (*Crónica de D. Alfonso XI*, cap. CCXII.)

11. El Rey, después de reprenderle agriamente, le hizo juzgar por traidor: «*et Alfonso Ferrández, dice la Crónica, que estaba allí por el Rey, fizolo degollar et quemar.*»

12. Entre ellos el Conde de Arbe, el de Solusser, el Duque de Lancáster, príncipe de la casa real de Inglaterra, Gastón de Bearne, conde de Fóix, y otros. (Lafuente.—*Historia de España*.)

13. Hizo á D. Juan Núñez de Lara Alférez y Mayordomo Mayor, y Adelantado Mayor á Garcilaso de la Vega; dió el adelantamiento de la frontera á don Fernando de Aragón, primo del Rey, y el de Murcia á D. Martín Gil, hijo de D. Juan Alfonso de Alburquerque; y nombró Guarda Mayor del Rey á don Gutierre Fernández de Toledo, y Copero á D. Alfonso Fernández Coronel. (Id., id.)

14. Había sido su ayo durante toda la niñez de D. Pedro.

15. Este proyecto, en que estaban comprometidos la Reina madre y Alburquerque, fué mañosamente frustrado por la antigua favorita. (Lafuente.—*Historia de España.*)

16. D. Fernando de Aragón, primo del Rey como hijo de D.<sup>a</sup> Leonor de Castilla, hermana de Alfonso XI.

17. Alburquerque continuó en la privanza; en cambio D. Juan Núñez de Lara tuvo que huir y refugiarse en Burgos, desde donde hubiera podido hacer grandes daños, si la muerte no le atajara, así como á D. Fernando Manuel, Señor de Villena. (Lafuente.—*Historia de España.*)

18. Véase la nota anterior.

19. Sospéchase que dichas muertes no fueron naturales.

20. Histórico.

21. También lo es la respuesta del bastardo don Tello.

22. Cuando se presentó á la mañana siguiente en palacio (era Domingo), fué preso con algunos de sus caballeros y escuderos, primero á la voz de Alburquerque, y luego á la del Rey. Pidió Garcilaso un confesor, pues comprendía lo poco que le quedaba que vivir, y le fué dado el primero que se encontró. En un pequeño portal de la misma casa cumplió el desgraciado aquel deber cristiano, y, concluído que fué, se oyeron las compendiosas y fatales palabras de Alburquerque y del Rey:—*Señor, ¿qué mandades fa-*

cer de Garcilaso?—Ballesteros, mándovos que le matedes. Si breve fué la sentencia, más pronta fué la ejecución. (Lafuente.—*Historia de España.*)

23. Son dignos de mención y alabanza el *Ordenamiento de los Menestrales*, la ley contra malhechores, otras sosteniendo las que sobre juegos y truhanerías promulgó su padre, y muchas disposiciones acertadísimas sobre diferentes asuntos.

24. Histórico.

25. Disimuló, sin embargo, y aquella noche los sentó á comer á su mesa.

26. De tanto escándalo debió parecer á todos la conducta del Rey, que hasta los mismos parientes de la Padilla, y señaladamente su tío Juan Fernández de Hinestrosa, le instaron para que volviese á Valladolid. Hízolo así, y la alegría de las Reinas y el pueblo fué muy grande; alegría fugaz, pues otros dos días transcurrieron solamente entre el gozo de verlo llegar y la amargura de verlo salir para no ver ya más á la infeliz D.<sup>a</sup> Blanca. (Lafuente.—*Historia de España.*)

27. Defendióse Alburquerque con tan buenas razones delante del monarca portugués y de los enviados de D. Pedro, que aquél hubo de dar la razón al antiguo valido, y los mensajeros del castellano tuvieron que marchar sin conseguir su pretensión.

28. El de Ávila y el de Salamanca.

29. Dejóle para su mantenimiento la villa de Dueñas, donde vivió mucho tiempo, intitulándose Reina, aunque al Rey no le gustaba. (Ayala.—*Crónica*, año V, caps. X al XIII.)

30. La Liga formada contra el Rey por su mala conducta con D.<sup>a</sup> Blanca tuvo un auxiliar poderoso en D. Fernando de Castro, hermano de D.<sup>a</sup> Juana, que, poco afecto al monarca por piques anteriores, se declaró vengador de su hermana.

31. No tardó en ver ocupados todos los pueblos de la circunferencia por las huestes de los confederados.

32. Lo que pedían los ligueros era que el Rey hiciese vida con D.<sup>a</sup> Blanca, que apartase de su lado á los parientes de la Padilla, y que colocase á ésta en religión, separándola para siempre de él: negóse á todo con loca tenacidad, y desairando á su tía Leonor, que llevó á Tordesillas estas proposiciones. (Lafuente.—*Historia de España.*)

33. Presentáronse allí hasta cincuenta caballeros de cada parte, armados de lorigas y espadas.

34. Pedro Ruiz de Villegas y Sancho Ortiz de Rojas.

35. Histórico.

36. Carta de indulto ó perdón.

37. Mujer sin ventura,—exclama el Sr. Ferrer del Río en su memoria histórica,—su esposo la abandona, su hijo la desacata y su padre la asesina, porque hay sospechas de que fué envenenada por su mismo padre.

38. Dos buques apresados por el capitán Perallos en aguas de Sanlúcar de Barrameda, donde se hallaba el rey D. Pedro, que lo tomó por irreverencia á su persona y demandó al Rey de Aragón, en cuyo nombre fueron las naves apresadas; y como

ambos tenían resentimientos, declararon al fin la guerra. (Lafuente.—*Historia de España.*)

39. Los de Alfonso X y la reina D.<sup>a</sup> Beatriz, despojando sus coronas de joyas preciosísimas. (Zúñiga.—*Anales de Sevilla*, año 1356.)

40. La Condesa de Trastamara, presa por D. Pedro desde los asuntos de Toro.

41. D.<sup>a</sup> María Coronel, cuyo cadáver se conserva incorrupto en el convento de religiosas franciscanas de Santa Inés de Sevilla, pudiéndose notar detenidamente en su rostro las cicatrices del aceite hirviendo que se echó para desfigurarse y atajar así la persecución de D. Pedro.

42. Acababa de ganar y rescatar para su hermano algunas villas en la frontera de Murcia. (Lafuente.—*Historia de España.*)

43. Hasta hace poco tiempo hubo la tradición de que se conservaban en las losas del patio donde fué muerto D. Fadrique las manchas de su sangre. Dicen hoy que dichas losas han sido reemplazadas por otras.

44. D. Pedro mandó á Sevilla la flota con que había hecho frente á los aragoneses: despidiéronse las naves portuguesas, sus aliadas, y la flota de Aragón tornó también á Barcelona. (Lafuente.—*Historia de España.*)

45. Estaban presos en la fortaleza de Carmona.

46. Pedro Núñez de Guzmán andaba huyendo de la venganza del Rey, y tuvo que hacerse fuerte en uno de sus castillos; lo que sólo sirvió para dilatar algún tiempo su fin. Pedro Álvarez Osorio, es-

tando comiendo un día con Diego García de Padilla, el hermano de la favorita, fué muerto en la misma mesa, de orden del Rey, por los ballesteros Juan Diente y Garci Díaz.

47. El Rey, un tanto supersticioso, se sobrecogió en un principio; mas luego, reponiéndose, hizo quemar en su presencia al clérigo agorero.

48. Ninguno de los suplicios fué más injusto que éste, por ser uno de los más antiguos y leales servidores del Rey.

49. De las condiciones de paz estipuladas por el Legado entre los Reyes de Aragón y Castilla, era una que el primero haría salir de sus tierras á D. Enrique con sus hermanos, y los internaría en Francia.

50. Tuvo valor para morir descoyuntado, sin revelar el número de las riquezas que poseía.

51. Asegúrase que, estando el Rey de montería en la comarca de Medina Sidonia, se le acercó un hombre rústico en traje de pastor, que le dijo que si seguía tratando de aquella manera á D.<sup>a</sup> Blanca, le esperaban grandes quebrantos. (Lafuente.—*Historia de España.*)

52. La única cuya muerte enterneció las entrañas del Rey, por quien hizo luto y mandó se hiciese en todo el reino.

53. Á la muerte del rey Yusuf, vencido por Alfonso XI en la batalla del Salado, subió al trono con el nombre de Mohamed V su hijo, joven de veinte años; mas una de las sultanas de su padre logró derrocarlo al poco tiempo y colocar en el solio á su hijo Ismael. Pero éste fué á su vez destronado por

el tirano Abu Said, que le había ayudado á elevarse, y luego, no contentándose con menos que con ser Rey, le hizo asesinar con un hermano suyo, paseando por toda Granada las sangrientas cabezas, y haciendo luego arrojar los cuerpos al campo, donde se pudrieron á la intemperie sin que nadie osara recogerlos. El mismo día se proclamó soberano Abu Said, conocido por el nombre de Rey Bermejo. (Conde.—*Dominación Árabe*, parte IV, caps. XXIII y XXIV.)

54. D. Pedro y Mohamed cercaron á Antequera, y, no pudiendo tomarla, talaron los campos de Archidona y Loja hasta la vega de Granada.

55. Histórico.

56. Había sido recibido con regia ostentación; pero la misma noche, asistiendo á un banquete en casa del Maestre de Santiago Garci Álvarez de Toledo, fué preso por el repostero del Rey Martín Gómez de Córdoba, con los cincuenta caballeros que le acompañaban.

57. Histórico.

58. Id.

59. Arzobispo de Toledo.

60. Y como si quisiera el Rey depositar una corona sobre la tumba de su amada, hizo trasladar sus restos desde el monasterio de Astudillo, y enterrarlos con regia pompa en la Catedral de Sevilla.

61. Habíase negado el Rey á ratificar el tratado de Murviedro, y esto produjo la deserción de Carlos el Malo, rey de Navarra, que sólo por compromiso mostrábase partidario del castellano. (Lafuente.—*Historia de España*.)

62. La flor de la nobleza de Francia se alistó en aquellas banderas.

63. Beltrán Duguesclín fué á Chalóns á buscar los 30,000 hombres que formaban las *grandes compañías*, enganchándolos con el pretexto de ir á España y arrojar de ella á los sarracenos. Ofrecióles desde luego doscientos mil florines de oro, asegurándoles no les faltaría quien les diese en el camino otro tanto. Como parecía que iban á guerrear contra infieles, cuando llegaron á Avignón, residencia entonces del Papa, levantó éste la excomunió que había lanzado contra las *grandes compañías*; mas como rehusara darles dinero, se alborotaron los soldados: amenazóles el Pontífice con retirarles la absolución, y ellos se entregaron á saquear la comarca é incendiar las poblaciones, viéndose el Papa obligado, para librarse de ellos, á darles cien mil florines; poniéndose inmediatamente en camino hacia Castilla, á fin de cumplir el verdadero proyecto, que era ayudar al bastardo á quitar el trono á D. Pedro. (Lafuente.—*Historia de España.*)

64. Véase la nota anterior.

65. Id., id.

66. El Señor de Albret y otros caballeros emparentados con muchos capitanes de la expedición.

67. Histórico.

68. Mandó dar muerte á Juan Fernández de Tobar, hermano de Fernán Sánchez, el que había entregado Calahorra á D. Enrique. (Lafuente.—*Historia de España.*)

69. La infanta D.<sup>a</sup> Beatriz, hija de D. Pedro y

heredera del trono, estaba concertada de casar con su primo el hijo del Rey de Portugal.

70. D. Pedro rehusó las bodas, que él mismo solicitó, y no consintió socorrer con nada á su sobrino.

71. Juró á D. Enrique en Santa Cruz de Campezu lo contrario de lo que juró á D. Pedro en Bayona.

72. No contento con el sacrilegio cometido por no encontrarse en la batalla, obligado como estaba á ello, trató con el caballero Olivier de Mammy, primo de Beltrán Duguesclín, que fingiera hacerle prisionero; por cuyo servicio le daría la ciudad de Logroño, como lo hizo.

73. El hijo del rey de Inglaterra Eduardo III.

74. Histórico.

75. Véase la nota 72.

76. 3 de Abril de 1377.

77. Hermano del Príncipe de Gales y prometido esposo de D.<sup>a</sup> Constanza, la hija de D. Pedro.

78. El condestable Juan Chandós, famoso paladín, émulo del bretón Beltrán Duguesclín.

79. El capitán de las grandes compañías fué uno de los prisioneros en la batalla de Nájera; tocóle en suerte al Príncipe Negro. (Lafuente.—*Historia de España.*)

80 Histórico.

81. Hábiale prometido el señorío de Vizcaya y Castrojeriz, así como las pagas y soldadas de sus tropas, y la ciudad de Soria á Juan Chandós. (Lafuente.—*Historia de España.*)

82. Á los dos días de su entrada en Córdoba, una noche á deshora recorrió la ciudad con una compañía armada, visitando las casas que le designaron como de partidarios de D. Enrique. El resultado de esta misteriosa y nocturna expedición fueron dieciséis víctimas.

83. En el arenal que se halla á orilla del río.

84. Los llantos, suspiros, lamentos y súplicas de las mujeres reanimaron á los defensores de Córdoba. (Lafuente.—*Historia de España.*)

85. Ya hemos dicho que era hermano de la infortunada D.<sup>a</sup> Juana de Castro. Merece consignarse un rasgo de amor patrio que dió D. Pedro en estas postreras luchas. Cuando los de Logroño y Vitoria, hostigados por la gente del bastardo, le consultaron el apuro en que se hallaban, y si en el caso de no poder ser socorridos les daba licencia para entregarse al Rey de Navarra, D. Pedro les contestó que *nunca se partiesen de la corona de Castilla, y que antes se diesen á D. Enrique que al navarro.* (Id., id.)

86. Dióse la batalla el 14 de Marzo, con gran sorpresa de D. Pedro, que no creía tan próximo á su hermano. Un tanto desordenada la hueste del Rey, como de no hallarse apercebida, los aliados moros, que en número de mil quinientos ginetes venían, fueron los primeros en desbandarse y huir. El cronista castellano cuenta como sumamente rápido y fácil el triunfo de el de Trastamara. Pero el francés Froisart afirma haberse peleado dura y maravillosamente: don Pedro combatía con tal valor, manejando un hacha, que nadie osaba acercársele. Pero desordenados y fu-

gitivos los suyos, y muertos muchos, tuvo al fin que retirarse al castillo de Montiel, que D. Enrique hizo rodear con una cerca de piedra, guardada por tanta gente, que ni un pájaro hubiera podido salir del castillo sin ser visto.

87. Histórico.

88. En la Catedral de Sevilla, y en la cripta de la capilla de Ntra. Sra. de los Reyes, está la tumba con los restos de D. Pedro y D. Fadrique.

89. Lafuente.—*Historia de España.*



# ÍNDICE

	<u>Pág</u>
Dedicatoria. . . . .	V
Dos palabras. . . . .	VII
I.—Tormentos de una Reina. . . . .	1
II.—Algo de historia. . . . .	6
III.—Principios de reinado. . . . .	15
IV.—Muerte de D. <sup>a</sup> Leonor de Guzmán. . . . .	24
V.—El primer amor. . . . .	30
VI.—Bodas regias. . . . .	37
VII.—Sangre y odios.—La Liga. . . . .	47
VIII.—El Maestre de Santiago. . . . .	64
IX.—Blanca y María. . . . .	75
X.—El rey Bermejo. . . . .	86
XI.—La batalla de Nájera. . . . .	95
XII.—Solo otra vez. . . . .	110
XIII.—La emboscada. . . . .	119
XIV.—Conclusión. . . . .	125
Notas. . . . .	129



IMPRIMIÓSE ESTE LIBRO

*en la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla,  
á expensas del Excmo. Sr. D. Manuel Pérez  
de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de  
los Caballeros, y en la Oficina de En-  
rique Rasco, Bustos Tavera 1.*

*Acabóse á X días del mes  
de Septiembre del año*

MDCCCXCVIII

